

Carlos Alberto Restrepo Rivillas  
Edna Carolina Sastoque Ramírez  
Isidro Hernández Rodríguez  
Compiladores

# Proceso de industrialización en Colombia

Desempeño y  
condiciones institucionales

Universidad  
**Externado**  
de Colombia

135  
Años

## Carlos Alberto Restrepo Rivillas

Cuenta con estudios de Economía, Maestría en Economía y Doctorado en Administración, así como Especialización en Gestión y Evaluación Curricular. Como directivo, ha tenido a cargo centros y unidades de investigación en entidades públicas y privadas. Se ha desempeñado como consultor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en asuntos de política económica; del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en programas para desarrollo de clusters regionales; y del gobierno colombiano en el diseño de políticas de productividad y competitividad, y estrategias de atracción de inversión extranjera directa. Actualmente se desempeña como Director de Investigaciones de la Facultad de Administración de Empresas, Universidad Externado de Colombia. Ha sido docente por más de 20 años en programas de pregrado y posgrado en universidades como Los Andes, CESA, Sergio Arboleda, La Salle y Externado de Colombia, en temas de Economía internacional, Política industrial, Política social y Métodos de investigación. Ha publicado libros y capítulos de libro en temas de economía industrial y desarrollo empresarial. Sus artículos han sido publicados en revistas académicas arbitradas. Ha sido invitado como conferencista a eventos académicos en Colombia, Perú, Ecuador y Estados Unidos. Actualmente es líder del Grupo de Investigación Entorno de los Negocios.

## Edna Carolina Sastoque Ramírez

Profesora ordinaria e investigadora de la Facultad de Economía, Universidad Externado de Colombia. Doctora en Ciencias Sociales y Humanas, Pontificia Universidad Javeriana, 2016 (Estancia doctoral en el Colegio de México). Economista, Universidad Externado de Colombia, 2000. Magíster en Economía, Universidad Externado de Colombia, 2005. Experiencia docente en diferentes universidades en programas de posgrado y pregrado por 20 años, complementada con el ejercicio de labores académico-administrativas como coordinadora de posgrados, coordinadora de área, líder de investigación, y con actividades de asesoría y consultoría. Integrante del Grupo de Investigación Pensamiento e Historia Económica. Sus áreas de interés académico se orientan al estudio de historia económica, economía política y economía institucional.

## Isidro Hernández Rodríguez

Profesor e investigador de la Facultad de Economía, Universidad Externado de Colombia e integrante del Grupo de Investigación Estado y Economía. Con estudios de Economía en la Universidad Nacional de Colombia y en la Universität de Barcelona, y desarrollo profesional en temas macroeconómicos en la Contraloría General de la República y el Ministerio de Hacienda y Crédito Público, y como consultor de entidades públicas y privadas. Cuenta con experiencia docente en las universidades Nacional de Colombia, Los Andes, Javeriana, Rosario, Escuela Colombiana de Ingeniería y ESAP.

CARLOS ALBERTO  
RESTREPO RIVILLAS  
EDNA CAROLINA  
SASTOQUE RAMÍREZ  
ISIDRO  
HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ  
(COMPILADORES)

**PROCESO  
DE INDUSTRIALIZACIÓN  
EN COLOMBIA  
DESEMPEÑO Y CONDICIONES  
INSTITUCIONALES**

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

*Proceso de industrialización en Colombia : desempeño y condiciones institucionales / Jorge Sáenz Castro [y otros] ; Carlos Alberto Restrepo Rivillas, Edna Carolina Sastoque Ramírez, Isidro Hernández Rodríguez (compiladores). — Bogotá : Universidad Externado de Colombia. 2021.*

358 páginas : ilustraciones, mapas, gráficas ; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas

ISBN: 9789587907162 (impreso)

1. Crecimiento económico – Colombia 2. Relaciones industriales – Colombia 3. Cambio tecnológico – Colombia 4. Industrias manufactureras – Innovaciones tecnológicas – Colombia 5. Responsabilidad social de los negocios – Colombia I. Hernández Rodríguez, Isidro, compilador II. Restrepo Rivillas, Carlos Alberto, compilador III. Sastoque Ramírez, Edna Carolina, compiladora IV. Universidad Externado de Colombia V. Título

338 SCDD 21

Catalogación en la fuente – Universidad Externado de Colombia. Biblioteca.

octubre de 2021

ISBN 978-958-790-716-2

© 2021, CARLOS ALBERTO RESTREPO RIVILLAS, EDNA CAROLINA SASOQUE RAMÍREZ  
E ISIDRO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (COMPILADORES)

© 2021, UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA  
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá  
Teléfono (601) 342 0288  
publicaciones@uexternado.edu.co  
www.uexternado.edu.co

Primera edición: noviembre de 2021

Corrección de estilo: Patricia Miranda  
Diseño de cubierta: Departamento de Publicaciones  
Composición: Marco Robayo  
Impresión y encuadernación: DGP Editores S.A.S.  
Tiraje: de 1 a 1.000 ejemplares

Impreso en Colombia  
*Printed in Colombia*

Prohibida la reproducción o cita impresa o electrónica total o parcial de esta obra, sin autorización expresa y por escrito del Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia. Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores.

*La influencia de la Iglesia y de la religión católica  
en el pensamiento administrativo del siglo XX en Colombia*

OLGA LUCÍA ANZOLA MORALES<sup>a</sup>  
LUIS ANTONIO OROZCO CASTRO<sup>b</sup>

Uno de los aspectos poco discutidos en la literatura sobre el desarrollo industrial es la forma como la religión católica fue uno de los motores del proceso de racionalización en la práctica administrativa con la creación de mecanismos de control desde el siglo VI en Europa, en cabeza de Benito de Nursia y sus *Regula monasteriorum* (Orozco & Albarracín, 2019). Fueron los monjes quienes en la Edad Media lograron el manejo de grandes propiedades y medios de producción a partir de la organización y el control administrativo, y es justo en el proceso de su vinculación a las monarquías como asesores de primera línea cuando emerge el vocablo *ad minister* como una forma de designar a este ministro delegado, que obra en nombre y está al servicio de un gobernante. La influencia en la educación y formación de personas aptas para dirigir a otros se extendió en toda Europa dado el control de la Iglesia católica en las principales universidades del medioevo (Witzel, 2012). Se ha descrito cómo la acción de la Iglesia católica fue decisiva para la formación de las facultades y escuelas de administración en América Latina, así como su influencia en la práctica gerencial de países como Colombia (Mayor, 1984). Sin embargo, es necesario profundizar, a la luz de las transformaciones del capitalismo, en cómo la Iglesia católica pasó de tener un protagonismo en el proceso de industrialización, a un rol marginal que transformó los fundamentos éticos del trabajo hacia formas de control corporativo.

En el presente capítulo describimos las relaciones existentes entre la religión, la Iglesia católica y el desarrollo industrial logrado en Colombia a partir de la mediación de la gerencia como eje articulador entre las ideologías y las prácticas productivas. La metodología que utilizamos partió de la interpretación de la propuesta de Boltanski y Chiapello (2002) en relación con la identificación de tres espíritus del capitalismo que participan e influyen en las dinámicas y los desarrollos industriales, que corresponden a las siguientes épocas: (1) la comprendida entre finales del siglo XIX hasta 1929; (2) la

---

<sup>a</sup> Ph. D. en Ciencias Sociales y Humanas de la Pontificia Universidad Javeriana. Coordinadora de Investigación de la Facultad de Administración de Empresas de la Universidad Externado de Colombia. Correo electrónico: olga.anzola@uexternado.edu.co

<sup>b</sup> Ph. D. en Administración Universidad de los Andes. Coordinador de Investigación de la Facultad de Administración de Empresas de la Universidad Externado de Colombia. Correo electrónico: luis.orozco@uexternado.edu.co

conformada por las décadas de 1930 a 1960; y (3) para nuestro caso, aquella delimitada entre la década de 1970 y finales del siglo XX, complementadas con las evidencias obtenidas a partir de la revisión de la literatura sobre la gerencia del siglo XX en Colombia.

Las anteriores etapas dan cuenta de la forma en que la ética de la religión católica actuó como mecanismo de control gerencial en la primera mitad del siglo XX, en la que se logró un nivel de productividad que haría de Colombia el país con “la tasa de crecimiento industrial más alta de América Latina” (Kalmanovitz, 2010, p. 204). Más adelante, la Iglesia sufre una pérdida de influencia política y social, pues el fortalecimiento de variados grupos religiosos, particularmente presbiterianos, pentecostales y bautistas, el auge de sindicatos laicos, la conformación de un empresariado rentista y la manifestación de un poder político bipartidista en el que la Iglesia participa de muy distintas formas evidencian la existencia de una fuerte fragmentación interna; situaciones todas que hacen parte del proceso que llevaría al país hacia una etapa de desindustrialización (Kalmanovitz, 2010).

Sin embargo, no se ha discutido la forma en la que factores como la denominada *explosión pentecostal* (Beltrán, 2013b), en la que emergen nuevas alternativas religiosas que entran a competir con la Iglesia católica su monopolio (Sanabria, 2012; Zambrano, 2002), así como el reconocimiento de una institucionalidad del Estado colombiano marcada por la racionalidad del espíritu calvinista (López, 2006), incidieron en la pérdida de hegemonía institucional de la Iglesia católica en la segunda mitad del siglo XX, lo que coincide con un proceso de crisis del espíritu empresarial, como plantea Molina (2000), y de una acelerada desindustrialización, como lo demuestra Kalmanovitz (2010) entre otros autores.

Con esta orientación teórica, partimos de comprender la forma en que en lo religioso se entrecruzan factores emocionales, motivacionales y aspiracionales individuales y de grupo, así como también ideas y experiencias religiosas que hacen parte de los procesos de constitución de identidades y conformación de subjetividades, que se encuentran atravesados por componentes sociales, económicos y culturales. Lo religioso involucra un conjunto de experiencias internas, además de unos componentes sociales, en donde se advierte la forma en que la religión ha sido usada políticamente (González, 1997 y 2006; Jurado, 2008; Londoño, 2005) como elemento y como vía de legitimación del ejercicio del poder y de la búsqueda de conformación de cierto tipo de sujeto y de estructura social, lo que permite apreciar en

lo religioso un referente de articulación social, pero también una forma de reelaboración de las formas de existir individual y socialmente.

En Colombia, la Iglesia católica logra convertirse en un referente de la identidad nacional y centro del orden social, posiciones que se le disputarán en el siglo XIX por un Estado naciente, que requería convertirse en centro de cohesión social, para con ello desatar un proceso de cambio hacia la conformación de una sociedad moderna en lo social y en lo económico, transformación que dio lugar a varios procesos de concertación, negociación, resistencia y adaptación. Frente a las necesidades de un Estado débil en formación, la Iglesia ostentó un amplio poder económico, capacidad para insertarse en la vida cotidiana de las comunidades y presencia en gran parte del territorio nacional en el que ejerció una actividad formativa desde los púlpitos, desempeñando un papel importante en la creación de opinión pública. De igual manera, promovió la conformación de diferentes organizaciones asociativas católicas, participó en política y conservó un papel dominante en el sistema educativo.

Cabe recordar la forma en que la Iglesia católica se constituyó en elemento esencial del orden social en un país consagrado al Corazón de Jesús en 1902 y a la Virgen de Chiquinquirá, donde sus fiestas patrias dejan entrever un contenido religioso y donde la Iglesia ejerció restricciones a la libertad, censurando el cine y todo tipo de literatura, a la vez que ejerció control de opinión a través de la prensa eclesiástica, las emisoras radiales, la exigencia de observancia de los dogmas, los sermones, los confesionarios y el liderazgo en actividades de bienestar social. Pero quizá lo más relevante para el campo de las ciencias económicas y administrativas es reconocer el control logrado por la Iglesia católica en las fábricas, en la formación de los sindicatos, en el manejo de la información relacionada con los habitantes del país y en la administración de la población trabajadora (Arias, 2003; Ortiz-Mesa, 2005 y 2013; González, 2006; Jurado, 2008; Madrigal, 2011).

La influencia de la Iglesia católica en la constitución del Estado colombiano durante el siglo XIX pasó por varias disímiles y complejas etapas, caracterizadas por diversos conflictos, tensiones, contradicciones y profundas divisiones en el interior de la jerarquía eclesiástica, en el clero, en los miembros de la Iglesia y en los partidos políticos existentes, al igual que, “por diferentes proyectos que se disputaron la hegemonía en la definición de lo público-político” (Madrigal, 2011, p. 220). La Iglesia aparece, entonces, como una institución atravesada por diferentes concepciones, corrientes y

perspectivas, que responden y dan cuenta de variadas etapas y condiciones históricas, que no son ajenas al desarrollo de la vida política y económica del país.

Estas etapas, de manera general, se refieren a diversas actitudes y posiciones de los miembros de la Iglesia durante el período de Independencia (1810-1824); a situaciones conflictivas en torno al patronato (1824-1853) y a las reformas liberales (1848-1886)<sup>1</sup>; y a un papel dominante de la Iglesia católica en la sociedad colombiana y en la estructura política de la nación bajo la Regeneración Conservadora (1886-1902). Luego se inició un proceso de industrialización en la presidencia de Reyes que se consolidó por los gobiernos liberales de Enrique Olaya Herrera (1930-1934), Alfonso López Pumarejo (1934-1938 y 1942-1945) y Eduardo Santos (1938-1942). Posteriormente vino la reivindicación de la Iglesia católica con el presidente Mariano Ospina Pérez (1946-1950); pero tras la dictadura de Rojas Pinilla (1953-1957)<sup>2</sup> y con el Frente Nacional (1958-1974) se evidenció una pérdida de hegemonía y de monopolio institucional de la Iglesia católica en Colombia a finales del siglo xx, dado que el acuerdo bipartidista requirió de una desvinculación de la Iglesia para evitar controversias políticas (Kalmanovitz, 2010).

El fortalecimiento de la Iglesia católica se logró en medio de una creciente fragmentación y polarización social, y el fortalecimiento de élites regionales diversas en sus valores y en sus estructuras sociales, en donde se puede advertir que la religión se constituyó en punto central en varias de las discusiones dadas en el país, relativas al papel político de la Iglesia, el carácter laico o confesional del Estado y de la educación, las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y las formas de ordenamiento territorial requeridas para que el país se insertara en el mundo moderno, en donde “a las

---

1 Es necesario recordar cómo, a partir de la Constitución de 1886 y luego de la derrota militar de los gobiernos liberales en 1885, se dio en el país un retorno al régimen centralista y un robustecimiento del poder ejecutivo. En esta Constitución se identifica a Dios como la fuente suprema de toda autoridad. En 1887 se firma el Concordato, en el que se reconoce a la religión católica, apostólica y romana como la religión de Colombia. Los poderes públicos estarían obligados a proteger y hacer respetar a la Iglesia, sus ministros y sus obras. De esta manera, la Iglesia conserva potestad e independencia frente a la autoridad civil, con una legislación canónica y con el reconocimiento y prerrogativas frente a la adquisición de muebles e inmuebles, el manejo de impuestos, la orientación educativa a partir de sus dogmas y su moral cristiana.

2 El general Gustavo Rojas Pinilla asumió el poder tras un golpe militar a Laureano Gómez, quien fue presidente durante el período de 1950 a 1951. Debido a su estado de salud, cedió el poder a Roberto Urdaneta Arbeláez, queriendo regresar al cargo en 1953 del que fue depuesto.

manifestaciones de muchos de los problemas locales, regionales y nacionales, se articulan conflictos que no siempre son estrictamente de carácter político” (González, 2006, pp. 7-8).

Estas etapas muestran la forma en que se definía la nación y se redefinía la Iglesia católica y el catolicismo, en medio de la necesidad de fortalecer la construcción de una nación moderna<sup>3</sup> a partir de la secularización y la prevalencia de valores laicos, que favorecieran la inserción del país en la economía mundial, pero que, a la vez, respondieran a las necesidades de una sociedad democrática y pluralista, lo que obligaba a matizar el lugar institucional y cultural logrado por la Iglesia con respecto al nuevo Estado, y sus posibilidades de actuación como factor de unidad nacional y principio ideológico de organización social y político.

La Iglesia católica mantuvo un papel decisivo en la sociedad colombiana y en el proyecto de construcción nacional mediante la consolidación de conductas consideradas adecuadas al orden buscado, pero su identificación con la identidad promulgada por los partidos y su incapacidad para incluir a diferentes miembros de la sociedad terminaron por frenar los intentos de dinamización y modernización de la sociedad. Su acción se orientó a asegurar que el Estado y los habitantes del país estuvieran dentro del orden y de las acciones tendientes a la integración y al favorecimiento de mecanismos internos de regulación social, complementada con la búsqueda del control de territorios distantes y aislados mediante la actividad misional. De esta manera, para Madrigal (2011), la Iglesia y la religión católica actuaron a partir de su ideología, su influencia en la identidad individual y colectiva, y su doctrina uniformizante, como elementos legitimadores del orden público y de la constitución, y de la necesaria presencia del Estado en un país marcado por fuertes sistemas de exclusión y marginación social. Por lo anterior,

---

3 Esta nación, conformada por una sociedad moderna, tendría que caracterizarse por un espíritu moderno, que da cuenta de la forma en que los individuos toman conciencia de sí mismos y de sus potencialidades, para lo cual, según Arias (2003), es necesario: (1) realzar al individuo capaz de hacerse dueño de su conducta y de su capacidad de juzgar, condiciones que le llevan a tomar conciencia de lo que piensa, cree y hace. En este sentido, es la voz de su conciencia y ya no la de una autoridad exterior la que le dicta una serie de normas y principios, (2) establecer una separación entre lo público y lo privado, haciendo de la religión un asunto personal, y (3) el derrumbe de la integración orgánica sobre la que funcionaban las sociedades tradicionales, para dar paso al principio de estricta separación entre el Estado y las iglesias, las leyes de la economía y las leyes de la moral, la razón y la fe, la ciencia y la creencia.

es necesario retomar y analizar este proceso histórico y social, para con ello poder comprender las dinámicas presentes en la actualidad.

La Iglesia tuvo en Colombia un doble papel, actuó como una institución polarizadora de la vida política y social, al defender sus fueros y participar activamente en la creación de la opinión pública, las elecciones y las guerras civiles, y al tiempo, se constituyó en fuerza civilizadora, al irradiar sus sociabilidades por la geografía nacional, crear instituciones para la educación y la beneficencia, y atender sus campos de misión mediante “la evangelización de salvajes” realizada por comunidades religiosas masculinas y femeninas de inmigrantes europeos y de nacionales, las cuales sustituyeron al Estado en el 65 % del territorio nacional entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX (Ortiz-Mesa, 2013, p. 7).

A continuación, presentamos las transformaciones dadas en el espíritu capitalista, para dar cuenta de los cambios sufridos en el pensamiento administrativo y en los mecanismos de control, orientados a lograr mayores niveles de productividad y de desarrollo industrial.

## 2. LAS TRANSFORMACIONES EN EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

Boltanski y Chiapello (2002) proponen analizar los cambios ideológicos<sup>4</sup> que han acompañado las transformaciones del capitalismo, por lo cual sugieren que el proceso de acumulación de capital<sup>5</sup> debe su desarrollo a un conjunto de argumentos y razones de orden moral que proporcionan legitimidad al capitalismo y favorecen la participación, el compromiso y la implicación de los sujetos en el trabajo; es decir, su adhesión al capitalismo. Estas justificaciones actúan en términos individuales, asumiéndose como estrategias orientadas a la búsqueda del interés personal, las posibilidades de autorrealización y la

---

4 Entendiendo por ideología “un conjunto de creencias compartidas, inscritas en instituciones, comprometidas en acciones y, de esta forma, ancladas en lo real” (Louis Dumont citado por Boltanski & Chiapello, 2002, p. 1).

5 “La acumulación de capital no consiste en un acaparamiento de riquezas, es decir, de objetos deseados por su valor de uso, su función ostentatoria o como signos de poder. Las formas concretas de la riqueza inmobiliaria, bienes de equipo, mercancías, moneda, no tienen interés en sí y pueden suponer incluso, debido a su falta de liquidez, un obstáculo para el único objetivo realmente importante: la transformación permanente del capital, de los bienes de equipo y de las distintas adquisiciones (materias primas, componentes, servicios) en producción, la producción en dinero y el dinero en nuevas inversiones” (Heilbroner, citado por Boltanski & Chiapello, 2002, p. 3).

conformación de espacios de libertad para la acción, y en términos generales, como búsqueda del bien y el beneficio común.

La calidad del compromiso que puede esperarse de los trabajadores depende más bien de los argumentos que puedan ser invocados para justificar no solo los beneficios que la participación en los procesos capitalistas puede aportar a título individual, sino también las ventajas colectivas, definidas en términos de bien común, que contribuyen a producir para todos. Llamamos *espíritu del capitalismo* a la ideología que justifica el compromiso con el capitalismo (Boltanski & Chiapello, 2002, p. 9).

Ambas justificaciones, las del ámbito individual y las del bien común, dan cuenta de la forma en que “las constricciones sistémicas que pesan sobre los actores no bastan por sí solas para suscitar el compromiso de los trabajadores” (Boltanski & Chiapello, 2002, p. 12), por lo cual se hace necesario incluir en esta búsqueda de involucramiento con el trabajo a las empresas y las organizaciones, a partir de estrategias orientadas al desarrollo de la autonomía y el favorecimiento del control interno o autorregulación.

Esta construcción ideológica, que se denomina *espíritu del capitalismo*, se transforma de manera constante incorporando creencias, significados y explicaciones, que en cada momento histórico gozan de un alto poder de justificación y de persuasión, que confiere sentido y explica la “persistencia del capitalismo como modo de coordinación de las acciones y como mundo de vida”, con numerosas y diversas manifestaciones.

El espíritu del capitalismo es, precisamente, este conjunto de creencias asociadas al orden capitalista que contribuyen a justificar dicho orden y a mantener, legitimándolos, los modos de acción y las disposiciones que son coherentes con él. Estas justificaciones—ya sean generales o prácticas, locales o globales, expresadas en términos de virtud o en términos de justicia—posibilitan el cumplimiento de tareas más o menos penosas y de forma más general, la adhesión a un estilo de vida favorable al orden capitalista. Podemos hablar en este caso, de ideología dominante con la condición de que renunciemos a ver en ella un simple subterfugio de los dominantes para asegurarse el consentimiento de los dominados y de que reconozcamos que la mayoría de las partes implicadas, tanto los fuertes como los débiles, se apoyan en los mismos esquemas para representarse el funcionamiento, las ventajas y las servidumbres del orden en el cual se encuentran inmersos (Boltanski & Chiapello, 2002, p. 13).

Los efectos de la religión en el desarrollo económico fueron estudiados por Max Weber, quien entiende la ética del espíritu del capitalismo a partir de los

cambios sufridos en la concepción de las ideas de salvación dadas en el marco del calvinismo, sobre el que se desarrolló un puritanismo ascético capaz de superar las limitaciones racionales de pecados capitales como la avaricia (Weber, 1998). El espíritu del capitalismo hace referencia al conjunto de elementos éticos, que ajenos en su finalidad a la lógica capitalista, inspiran a los empresarios en sus acciones a favor de la acumulación de capital. Teniendo en cuenta el carácter especial y transgresor de los modos de comportamiento exigidos por el capitalismo con respecto a las formas de vida observadas en la mayor parte de las sociedades humanas, podemos comprender como Weber se vio obligado a postular que el surgimiento del capitalismo supuso la instauración de una nueva relación moral de los seres humanos con su trabajo, determinada en forma de vocación; de tal forma que, con independencia de su interés y de sus cualidades intrínsecas, cada cual pueda consagrarse a él, con convicción y regularidad, haciendo del trabajo y sus frutos, su fuente de salvación.

Según Weber (1998), es en la época de la Reforma cuando se impone la creencia en que el deber se cumple mediante el ejercicio de una profesión en el mundo a partir del desarrollo de actividades temporales; en contraposición al énfasis puesto en la vida religiosa fuera del mundo terrenal que privilegiaba el *ethos* católico. Esta nueva concepción permite esquivar en los albores del capitalismo, la cuestión en torno a la finalidad del esfuerzo involucrado en el trabajo asumido como el enriquecimiento sin fin, superando así el problema del compromiso planteado por las nuevas prácticas económicas.

Para Weber, citado por Boltansky y Chiapello (2002), la concepción del trabajo como *Beruf*, es decir, como vocación religiosa que exige ser cumplida,

ofrecía un punto de apoyo normativo a los comerciantes y empresarios del capitalismo naciente y les facilitaba buenas razones, así como una motivación psicológica para consagrarse sin descanso y conscientemente a su tarea; para emprender la racionalización implacable de sus negocios, indisociablemente ligada a la búsqueda del máximo beneficio; o para la búsqueda de ganancias, signo del éxito en el cumplimiento de la vocación. La idea de trabajo como *Beruf* servía también en la medida en que los obreros que la compartían se mostraban dóciles y firmes en su tarea, al mismo tiempo que —convencidos de que el hombre debe cumplir su deber allí donde la providencia le ha situado— no trataban de poner en cuestión la situación que les era dada (pp. 9-10).

De otra parte, autores como Hitchens (2008) y Moreno (2013) plantean que creencias religiosas, como aquellas relativas a la finitud o continuidad

de la vida, la conveniencia o el desprecio hacia la acumulación de riqueza, la existencia del cielo y del infierno, las posibilidades de obtener perdón, el valor y el manejo dado al cuerpo, al trabajo y al tiempo, pueden llegar a tener influencia sobre las maneras de proceder, sobre la constitución de una mentalidad económica y sobre los niveles de desarrollo y de bienestar logrados por la sociedad. Lo anterior, dado que los comportamientos que se generan a partir de estas creencias, tal como lo planteó Weber (1998), se entrecruzan con las concepciones concernientes al más acá y al más allá, la conveniencia o no de acumular riqueza, las posibilidades de recibir o eludir un castigo o una recompensa, la ética del trabajo, la orientación hacia el lucro y el ahorro, la solidaridad y la cooperación; así como también, el sentir culpa, remordimiento o, por el contrario, satisfacción, situaciones derivadas en gran parte de los códigos normativos y de las opciones y decisiones que asumen los sujetos y que se relacionan con sus obligaciones morales, sus preceptos de fe y su sujeción a ciertas reglas y éticas específicas, que actúan como reguladores del comportamiento.

Retomando la propuesta de Boltansky y Chiapello (2002), es factible identificar tres espíritus del capitalismo: la dada a finales del siglo XIX hasta 1929, la comprendida entre las décadas de 1930 y 1960, y la desarrollada en la década de los setenta hasta finales del siglo XX. A continuación, describimos cada una de estas etapas y su influencia en las dinámicas industriales que involucran las lógicas y las racionalidades de gerentes y trabajadores.

### 3. EL PRIMER ESPÍRITU DEL CAPITALISMO: FINALIZACIÓN DEL SIGLO XIX - DÉCADA DE 1920

El primero de estos espíritus se centra en el burgués emprendedor de fines del siglo XIX, que liberado de la sujeción a la tierra logra hacer crecer su patrimonio, realiza acciones de caridad para aliviar el sufrimiento de los pobres y brinda a otros la posibilidad de trabajar en empresas generalmente pequeñas y familiares, caracterizadas por establecer con los trabajadores relaciones de carácter patriarcal, buscando favorecer el progreso material, la eficiencia en la satisfacción de las necesidades y la eficiencia.

El paso de comerciantes a empresarios se da en el marco de la conformación de ingenieros profesionales en Colombia, que lideró el general Tomás Cipriano de Mosquera entre 1945 y 1963 (Safford, 1989), y que de seguro contó con el apoyo de su hermano, el arzobispo Manuel Mosquera.

En 1853 se promulgó el Código de Comercio, derogando así las ordenanzas de Bilbao que operaron desde 1494. Sin embargo, la idea de que la empresa privada se produciría en forma espontánea luego de la liberalización de las restricciones comerciales no se materializó. Como muestra Bushnell (2016), el industrialismo apareció tímidamente, a pequeña escala y de forma artesanal en la segunda mitad del siglo XIX.

La tesis de Safford (1989) muestra que sin la preparación técnica no es posible emprender a gran escala la creación de industrias. Por eso se da la aparición de grandes empresas alrededor de los ferrocarriles y la minería, y que vienen con empresarios extranjeros como Gustavo Cisneros, y de la industria moderna, de la mano de alemanes como Leo Kopp. El liberalismo radical que redacta la Constitución de Rionegro (en Antioquia) e inicia con Manuel Murillo Toro la ruta de cambio, que incluyó la eliminación de trabas para el comercio, facilitó un incremento de las exportaciones, que oscilaron de 3,3 millones de pesos oro hacia 1845 hasta 15,5 millones en 1883 (Bushnell, 2016, p. 191). Lo curioso es que, en los 20 años de gobierno liberal, la autonomía del federalismo de los Estados Unidos de Colombia mantuvo la región de Antioquia gobernada por conservadores (Safford, 1989, p. 327). El relativo aislamiento político, así como la organización de la actividad minera y luego la producción de café, hizo que esta región tuviera unas dinámicas diferentes en la formación de una ética del trabajo guiada por el conservatismo. Como apunta Dávila (2012), es tanto el poder político como la virtud del trabajo en negocios lo que pudo aprovechar la estructura productiva de pequeños mineros libres.

En la hegemonía conservadora de 1885 a 1930 aparece una estela de negociantes que se caracterizan por una alta diversificación, aversión al riesgo y desinterés por la modernización tecnológica, la especulación y activa participación en política (Molina, 2006; Dávila, 2012). El comerciante colombiano ha sido, de acuerdo con José Antonio Ocampo, de mentalidad especulativa (Bushnell, 2016, p. 193) y con poca iniciativa para la creación de corporaciones perdurables. En Antioquia, como refiere Dávila (2012, p. 177) apoyado en Brew, emerge una élite con valores culturales de puritanismo católico de mentalidad progresista que distan de esas racionalidades propias de los negociantes<sup>6</sup>. Como ejemplo se puede citar a la familia

---

6 Dávila (2012) argumenta que la propuesta de Hagen sobre la industrialización de Antioquia, a diferencia de otras regiones del país, no se debe a un espíritu capitalista weberiano, sino a una

Ospina, liderada por Mariano Ospina Rodríguez, presidente de Colombia en la Confederación Granadina entre 1857 y 1860, quien en su exilio en Guatemala (producto del derrocamiento por parte de Mosquera) aprendió las técnicas de la industria cafetera. En 1890, sus hijos Tulio y Pedro Nel, formados como ingenieros en la Universidad de California Berkeley, establecen una sociedad anónima bajo el nombre de Ospina Hermanos, que los llevó a ser los mayores productores de café en Antioquia y los primeros industrialistas de Colombia (Dávila, 2012; Safford, 1989). La formación de los hermanos Ospina incluía “correrías por fábricas de Estados Unidos y Europa con la intención expresa de traer al país nuevas fabricaciones que explotar” (Mayor, 1984, p. 273), lo que sin duda repercutió en la gran variedad de industrias que los hermanos Ospina apoyaron que van desde la construcción hasta la química.

En Bogotá aparece la figura de don Miguel Samper Agudelo, un hombre visionario, nacido en Guaduas (Cundinamarca) en 1825, y hecho, como dice Molina (1973) citado por Dávila (2012, p. 218), un “burgués de pura sangre” para quien es determinante “la confianza ilimitada en los frutos del trabajo, en el esfuerzo individual como requisito terrenal para conquistar en vida el amor de Dios y la gloria eterna” (Sanz de Santamaría, 1982, p. 28). Sus hijos conformarían una de las fuerzas empresariales más importantes de Colombia. Introdujeron la industria de la construcción a partir del cemento y la energía eléctrica, definiendo una élite de empresarios que Dávila (2012, p. 225) denomina *negociantes orientados a la industria*, por su alta capacidad de diversificación.

En el marco de la hegemonía conservadora, la industrialización se orientó a dar respuesta a las demandas de bienes y servicios de la población, marcadas por unas condiciones socioculturales de la época y por los desarrollos requeridos y derivados de los niveles de desarrollo logrados en el país. Por lo anterior, la industrialización se basó en fábricas de vidrios, tejidos, lozas, ferrerías y sombrererías (Valencia, 2016, p. 73, citando a Suárez, 2002). Aparecen negociantes con influencia política como José María Sierra, Pedro A. López, Nemesio Camacho, Santiago Eder y Hernando Caicedo (Dávila, 2012). La centralización política y fiscal en el marco de la Constitución de

---

serie de factores como los ya mencionados, relativos al manejo de la minería y a ver en la generación de ganancias fruto del esfuerzo en el trabajo una forma de ascenso social, como el que se logra al ser parte del Estado.

1886 no fue un dinamizador de la inversión y el emprendimiento (Bushnell, 2016). El motor del crecimiento económico, como argumenta Bushnell, fue la tranquilidad política que vivió Colombia entre 1904 y 1930. Este periodo se caracteriza por la más estrecha relación entre la Iglesia católica y el Estado desde la Colonia (Bushnell, 2016), así como una lucha frontal entre el clero y el pensamiento liberal en el que se dio un “adoctrinamiento político desde los púlpitos, y a que los párrocos estaban encargados de supervisar los resultados electorales” (Beltrán, 2013b, p. 46). El control llegó a tal punto de que “a los parroquianos que se atrevieran a leer la prensa liberal, les prometían desde el púlpito castigos espirituales” (Bushnell, 2016, p. 243).

Rafael Reyes, presidente de 1904 a 1909, logró incorporar a los liberales en el gobierno, otorgándoles cargos de importancia, por lo cual dos de cinco fueron nombrados ministros. Pero no solo la participación política fue clave, como lo indica Bushnell (2016):

la relativa tranquilidad que predominó en los años inmediatamente posteriores al mandato de Rafael Reyes resultó del simple hecho de que tanto liberales como conservadores estaban encontrando salidas para canalizar su energía agresiva en empresas económicas, principalmente en la industria cafetera (p. 244).

La protección arancelaria y las preferencias en las compras estatales de Reyes dieron el incentivo necesario para crear una industria manufacturera moderna. Al ser más económico producir internamente que importar, sectores como el textil y el de alimentos y bebidas dieron un paso hacia la industrialización (Molina, 2000).

En la Iglesia católica en Colombia se presentaba una tensión entre quienes seguían las orientaciones de las encíclicas papales *Quanta Cura* de Pío IX (1864) y su *Syllabus*, en el que se destaca “que el sumo pontífice no tiene el deber de reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización” (Beltrán, 2013b, p. 42); con la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII publicada en 1891 y *Pascendi Dominici Gregis* de Pío X publicada en 1907 (Mayor, 1984; Beltrán, 2013a y 2013b). La orientación en contra del liberalismo, la libertad de culto, la cultura moderna y la separación de la Iglesia del Estado como características presentes en las encíclicas de Pío IX y Pío X llegaron al extremo de obligar un juramento antimodernista y condenar los Estados laicos. De otra parte, León XIII brinda la primera encíclica de corte social orientada a la clase obrera. El papa anima a una

democracia cristiana, a la creación de sindicatos<sup>7</sup> y a la justicia social, en un marco redistributivo guiado por las relaciones entre empresarios, trabajadores, Estado e Iglesia para solucionar los problemas de la sociedad industrial.

El proceso industrial requirió del reclutamiento a gran escala de mano de obra. En la industria textil en Medellín, por ejemplo, se recibieron especialmente mujeres de poblaciones cercanas, a las que se les brindaba “dormitorios cuidadosamente vigilados [y] capillas para que no descuidaran sus obligaciones religiosas” (Bushnell, 2016, p. 251). En la fábrica de Bello se evidenció que la mujer obrera no era sumisa y dócil, y que “había una latente disposición a la rebeldía” (Mayor, 1984, p. 258). La rebeldía no se daba en respuesta a asuntos salariales, sino por el sistema de multas y por la inmoralidad sexual propiciada por los administradores y directores (Mayor, 1984). Lo anterior explica por ejemplo cómo, en 1920,

Betsabé Espinosa dirigió la primera huelga de mujeres del sector textil, en la que además de reivindicaciones salariales y la petición por un recorte de la jornada laboral a diez horas, se reclamaron derechos relacionados con la condición femenina: se exigió respeto como mujeres y que se les garantizara no ser chantajeadas sexualmente por los capataces de la empresa (Reyes & Saavedra, 2005, p. 15).

La Acción Social Católica<sup>8</sup> fue creada en Colombia “a partir de la Conferencia Episcopal de 1908, retomando los argumentos que la iglesia aducía para Europa en relación con las nuevas tendencias organizativas e ideológicas del movimiento obrero” (Cifuentes & Figueroa, 2008, p. 36). Este interés se acompañó de “conservar al pueblo en la fe y en las sanas costumbres, y el atraer a los extraviados y viciosos al buen camino, para de ese modo conservar la paz social y procurar la salvación de las almas”. Para ello, se orientaron a

---

7 En 1909, el gobierno de Colombia reconoció a la Sociedad de Artesanos de Sonsón como el primer sindicato del país, que actuó como asociación de servicio social y de mutuo auxilio sin pretensiones reivindicativas (Escuela Nacional Sindical, 2009).

8 “Entre 1860 y 1890 se desarrolla en Europa la idea de la acción social católica, que expresaba la preocupación de los laicos por la cuestión social en una reflexión sobre las implicaciones sociales de la Revolución Industrial, tomando como guía las pautas que Roma señalaba. La Iglesia encuentra respuesta entre los laicos, en especial en sectores provenientes de la aristocracia terrateniente, no vinculados al mundo del capital, y por lo mismo menos permeados por la lógica de la competencia y de alguna forma más cercanos a las acciones paternalistas que sectores del clero y los laicos venían desarrollando a fin de aliviar las consecuencias del desarrollo del capitalismo entre las masas obreras” (Cifuentes & Figueroa, 2008, p. 34).

la creación de “instituciones de carácter económico, que tienen por objeto mejorar la condición económica de las clases trabajadoras” (p. 36).

En el país, la Acción Social Católica creó los círculos obreros (Briceño, 1997; Dávila, 2002), algunos de los cuales evolucionarían hacia formas de sindicalización (Beltrán, 2013b). Estos círculos de obreros fueron originados por el padre José María Campoamor (España, 1872 - Bogotá, 1946), miembro de la Compañía de Jesús que llegó a la capital del país en 1910, a solicitud del superior del Colegio de San Bartolomé, quien se encontraba preocupado por el surgimiento de ideas socialistas y comunistas entre los obreros, y quienes requerían de una redención moral y económica, que de paso asegurara armonía entre las clases sociales.

En 1911, el Círculo de Obreros de San Francisco Javier fue concebido como una institución integral que buscaba

la redención moral, económica e intelectual de la clase obrera. Estos principios provenían de la doctrina social católica promulgada en la encíclica *Rerum Novarum*, que recogió el pensamiento del papa León XIII, abanderado de la lucha contra lo cual consideraba los enemigos de la civilización cristiana: el liberalismo, el secularismo, el socialismo y el comunismo (Zambrano, 1999, p. 2).

En este mismo año de 1911 inicia su labor la Caja Social de Ahorros para dar soporte económico a las obras sociales del Círculo de Obreros de San Francisco Javier, la que actualmente se constituye en una de las empresas financieras más grande y sólida del país, con el respaldo de la Fundación Social. Con esta obra se pretendía dar respuesta a lo promulgado en las encíclicas papales, a la vez que dar cuenta del principio de solidaridad cristiana, transformando el concepto de caridad, por cuanto vinculaba a benefactores que aportan y a trabajadores que ahorran en una misma causa. La sección de obreros, núcleo del Círculo, pronto se complementó con la sección de obreras –conocidas como Las Marías–, a quienes el fundador definió como “una comunidad de religiosas sin hábitos y sin votos”, que funcionó inicialmente como una escuela para niñas y terminó convertida en una comunidad semiconventual que proporcionaba trabajadoras en la industria de imprenta, así como vendedoras y docentes.

En 1913 construiría el barrio obrero de San Francisco Javier, hoy Villa Javier (primera urbanización obrera de la ciudad), asimilado como un proyecto moral orientado a la conformación de ciudad de Dios (Londoño & Saldarriaga, 1994), ubicada en el sur de la capital del país. Dicha obra

concluyó en 1934 con un total de 110 viviendas, donde los obreros pudieron vivir en comunidad en medio de una Colombia enfrentada a procesos de modernización.

La hegemonía conservadora facilitó la entrada amplia de grandes corporaciones norteamericanas como la Tropical Oil Company para la explotación de petróleo y la United Fruit Company de Boston. Esta última fue causante del inicio del colapso de la hegemonía conservadora, que con la reducción de exportaciones en el marco de la crisis del 29 (Bushnell, 2016) llegó al agotamiento general, que fue aprovechado por nuevos líderes como Jorge Eliecer Gaitán y empresarios comerciantes y banqueros como Alfonso López Pumarejo.

Para Mayor (1979), la Acción Social Católica impulsada por Pío XI y apoyada en Antioquia por la Juventud Católica de Medellín (fundada en 1913) y la Sección Sindical del Patronato de Obreras de Medellín (fundada en 1919)<sup>9</sup>, controlaba desde 1920 la Congregación Obrera de San José (creada en 1846 por los jesuitas) y diferentes organizaciones de barrio o municipales denominadas *centros obreros*, orientó sus actividades a: “evitar que el obrero antioqueño proyectara en su tiempo libre preocupaciones e intereses políticos, frustraciones o vicios, buscando más bien que desarrollara en él las virtudes y costumbres cristianas, así como actividades complementarias al trabajo” (Mayor 1979, p. 36). Muchos de estos centros obreros, en la década del veinte, ofrecían programas de alfabetización, educación nocturna para obreros, escuelas agrícolas y talleres para la enseñanza técnica, centros populares de cultura y bibliotecas, programas radiales y educación por correspondencia, a la vez que crearon escuelas para niños de estratos bajos (Archila, 1990-1991). Esta apuesta y necesidad de contar con mayor instrucción y niveles educativos se mantuvo por años y contó con el respaldo de diferentes gobiernos; sin embargo, en un principio se caracterizó por un alto contenido ideológico

---

9 Entendido como un internado de obreras regentado por comunidades religiosas. En la empresa Colombiana Fabricato fueron las hermanas presentinas las encargadas de ejercer un estricto control y una disciplina religiosa sobre las obreras y el uso del tiempo libre, dirigido hacia el trabajo y la oración. En contraposición a lo anterior, la institución de carácter paternalista ofrecía seguridad y unos costos de alojamiento y comida que resultaban ventajosos para las obreras. Existió también el Patronato de Obreras de Medellín que, según Arango (1991, p. 146), “organizaba círculos dominicales en donde se les dispensaba a las obreras clases de corte, aritmética, lectura, doctrina, ortografía y cocina. Las obreras eran todas hijas de María y la organización estaba dirigida por una Junta compuesta por un sacerdote nombrado por el arzobispo y por un grupo de señoritas”.

y moralizante, para más tarde orientarse hacia una formación más técnica, acorde con los desarrollos requeridos y logrados en las empresas.

Cada centro obrero se regía por normas propias, su junta directiva estaba constituida por los mismos obreros al amparo del sacerdote del barrio o municipalidad donde funcionaba, y se ajustaban a las decisiones tomadas por las directivas centralizadas de la Acción Social Católica. Además de constituirse en espacios propicios para la difusión, la formación, la sana diversión y el desarrollo de actividades religiosas y de organización social, para Mayor (1979):

los centros obreros, permiten a la Iglesia antioqueña crear una organización de masa destinada a constituir un cuerpo militante, más esforzado y disciplinado, que sirviera de barrera a la influencia comunista, pero también orientado a mejorar el nivel de vida del obrero (p. 41).

La Acción Social Católica, además de controlar la vida, las costumbres y el tiempo libre de los trabajadores, declara que los problemas sociales no solo eran de orden moral y religioso, sino también económico, por lo cual se requería además de la observancia de la caridad cristiana, justicia y mejoramiento efectivo de las condiciones de vida, por lo cual se encargó en la década de 1930, con base en las teorías de la doctrina socialcristiana, de:

coordinar y dirigir un conjunto de organizaciones e instrumentos de penetración en el medio obrero: la Juventud Católica, los centros obreros, los patronatos de obreros, la prensa católica y especialmente el periódico *El Obrero Católico*, órgano oficial de la Asociación, las vanguardias católicas y más adelante, los sindicatos cristianos y la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) (Arango, 1991, p. 140).

El semanario católico denominado *El Obrero Católico* fue fundado en 1924 por la Acción Católica como medio impreso de comunicación, que sirviera para conducir al “honrado y católico pueblo trabajador a las sanas y santas doctrinas de la Iglesia católica” (Mayor, 1984, p. 308), constituyéndose en el puente entre las encíclicas papales y la clase trabajadora, a partir de la lectura de unos textos sencillos y populares. El periódico fue el mecanismo que potencializó el sermón dominical de los párrocos para luchar en contra de los grandes problemas obreros del momento: el alcoholismo, los juegos de azar, la prostitución y demás expresiones impuras que afectaban la sana vida en el trabajo.

#### 4. EL SEGUNDO ESPÍRITU DEL CAPITALISMO, DÉCADAS DE 1930 A 1960

Este segundo espíritu se conforma entre 1930 y 1960 en torno ya no al empresario individual, sino a la gran empresa industrial y a sus directivos, que, apalancados en la racionalidad, la ciencia, la técnica y los procesos de planeación de la producción, ofrecen posibilidades de crecimiento a sus trabajadores, reconoce los derechos laborales, interviene en la vida cotidiana de los trabajadores y contribuye a la conformación de un Estado de bienestar.

El segundo espíritu del capitalismo es indisociable de los dispositivos de gestión de las posibilidades promocionales en las grandes empresas, de la puesta en marcha de la jubilación redistributiva y de la extensión, a un número cada vez mayor de situaciones, de la forma jurídica del contrato de trabajo asalariado, de tal forma que los trabajadores puedan beneficiarse de las ventajas asociadas a esta condición [...]. Sin estos dispositivos, nadie habría podido creer realmente las promesas del segundo espíritu capitalista (Boltanski & Chiapello, 2002, p. 34).

La administración científica hacía presencia en la industrialización antioqueña con la formación de ingenieros en la Escuela Nacional de Minas de Medellín. En cabeza de Alejandro López Restrepo inicia una transformación educativa de la clase dirigente del país, enfocada a entender y aprovechar el factor humano (Orozco & Anzola, 2019; Mayor 2001). Se dio un proceso de “adaptación de los fines de las empresas antioqueñas a los fines individuales de los obreros, y no al revés” (Mayor, 1984, p. 113), lo que implica un alejamiento importante del taylorismo malogrado por la lógica de las empresas capitalistas. Ilustres ingenieros y capitanes de empresas entendían que los salarios bajos y fijos no constituían una real economía para la empresa, por lo cual era necesario

conceder mayor ganancia al personal, por medio de un manejo inteligente que solidarice al obrero con la empresa, de manera que aquel coopere al interés de esta al buscar su propio interés, con evidente ganancia para él, para la industria y para el país (Mayor, 1984, p. 113, citando la tesis del ingeniero Alejandro Mejía<sup>10</sup>).

---

10 Mejía había definido una tendencia obrera por engañar al patrón con el manejo del tiempo y el esfuerzo (Mayor, 1984).

Lo anterior se lograría a partir de un dispositivo moral, que extiende las “mundanas y seculares advertencias —procedentes del taylorismo— sobre el buen gobierno del tiempo” (Mayor, 1984, p. 255). Alejandro López insistió en que “las empresas antioqueñas debían estimular —es decir, debían adaptarse a— el sentido de propiedad del obrero antioqueño, a su individualismo, al anhelo de seguridad para su familia, etc.” (p. 257). Como explica Mayor (1984), el gran alejamiento del modelo americanista del manejo de Taylor era que las empresas debían adaptarse al logro de las metas personales de los obreros. “Los valores y tradiciones de tipo religioso, los cuales, combinados hábilmente con el factor moderno del ‘manejo’, pudieron sacar un trabajador diligente y comprometido, sobrio y honrado” (p. 251).

La orientación de la Iglesia a mantener su poder a partir de la acción del Estado empieza a dar un viraje en la medida en que encuentran en la fábrica un espacio en el que ejercer una mejor forma de influenciar el comportamiento del pueblo. Acoger la visión de León XIII es clave para ese propósito y la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, promovida en forma amplia por este papa, se constituiría en el mejor símbolo de la relación entre Dios y el pueblo. De esta manera, el ala dura antimoderna del catolicismo se queda al lado del Estado, mientras que los seguidores de la visión social de la Iglesia van a encontrar en las fábricas el terreno fértil para su labor. La ética del buen comportamiento social en el dogma de la “Comunión de Todos los Santos”, donde existen los valores de la solidaridad y la fraternidad que distinguen la orientación social de las encíclicas *Quod Apostolici* de León XIII y *Quadragesimo Anno* de Pío XI, se trasladaron fácilmente de la sociedad a la fábrica. De esta forma, la Iglesia católica logró cimentar en las “fábricas los sentimientos comunitarios populares” (Mayor, 1984, p. 252). Además, en esta época se promovieron “los sindicatos católicos, el corporativismo y la doctrina social de la Iglesia” (Beltrán, 2013b, p. 63).

La coalición entre la Iglesia y los empresarios facilitó el control en la vida social de una forma más directa de la que se lograba a través de la sola acción del Estado. “Los empresarios antioqueños encontraron en la preocupación de la Iglesia católica por introducir modificaciones profundas [en la vida del obrero] la mejor aliada para sus objetivos productivistas y racionalizadores” (Mayor, 1984, p. 282). En este marco,

se trasladaban a la fábrica, ciertamente, los símbolos y tradiciones católicos populares, pero ya con un sentido preciso: colocada usualmente la imagen del Sagrado

Corazón en el lugar más visible del salón de la factoría, su presencia equivalía, sin duda, al terrible “Dios me ve” metodista: él era el capataz más vigilante de todos, por lo cual las consecuencias de la indisciplina en el trabajo podían ser, no solo las multas, sino también las llamas del infierno (Mayor, 1984, p. 262).

El cambio de la hegemonía conservadora al gobierno de Olaya Herrera genera una etapa de depresión de las luchas sociales, y se aprueba en 1931 la Ley sobre la Organización de Sindicatos, en la que “se da un pronunciamiento favorable hacia la asociación de los obreros y de los patronos, pero se advierte sobre el tipo de organizaciones que se requieren: las que se identifiquen con la doctrina social de la Iglesia” (Oviedo, 2009, p. 60). De igual manera, se condena a aquellas organizaciones sindicales denominadas *radicales*, es decir, “aquellas asociaciones que tienden a turbar el orden público y a fomentar la huelga por fuera de la justicia y la ley” (Oviedo, 2009, p. 60).

Se fue desarrollando un catolicismo social en el que las

jerarquías católicas organizaron el movimiento obrero y sindical católico, del cual hicieron parte la Unión Colombiana Obrera (UCO) (1927) y la Juventud Obrera Católica (JOC) (1933). Así mismo, tuvo un papel decisivo en la organización de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) (1940) y de la Federación Nacional de Agricultura (Fanal) (1945). Todas estas organizaciones buscaron contrarrestar la acción de la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC) como central única, que surgida en 1935 era apoyada por el gobierno de López Pumarejo y por el Partido Comunista” (Beltrán, 2013b, p. 64)

La CTC estaba “abierta a todos los trabajadores sin distinciones políticas, filosóficas, religiosas o raciales, y velaba por la defensa de sus intereses de clase” (Oviedo, 2009, p. 20).

En 1946 se organiza el sindicalismo católico en la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC), donde se congregan las asociaciones sindicales más grandes del país: la Unión de Trabajadores de Antioquia (Utran) y la Unión de Trabajadores de Boyacá (Utrabo) (Kalmanovitz, 2010),

logrando un paralelismo sindical<sup>11</sup> que pasa por la represión y el hegemonismo confesional [...] hasta llegar a la conformación de cuatro centrales sindicales de

---

11 Este paralelismo sindical “fue oficializado en el país hasta 1949, junto con el afianzamiento de un proyecto hegemónico católico a partir de 1950”. Sin embargo, cabe recordar, que la “Ley 6.ª de

tendencia y un sector no confederado [...], en el que el ideario católico resulta fundamental en la definición anticomunista de la orientación del movimiento sindical, por encima de lo que podemos llamar identidad de clase (Oviedo, 2009, p. 20).

Desde la presidencia de Mariano Ospina Pérez (1946-1950)<sup>12</sup>, el sindicalismo católico fue ampliamente promovido en el marco de un discurso de “un capitalismo cristiano, opuesto al capitalismo liberal y protestante” y muchas prebendas laborales, especialmente en las empresas públicas (Kalmanovitz, 2010, p. 237). Rojas Pinilla señaló “a la doctrina social de la Iglesia como la inspiradora de medidas adoptadas en su gobierno, como la creación del Secretariado de Acción Social (Sendas), dirigido por su hija María Eugenia Rojas” (Cifuentes & Figueroa, 2008, p. 17).

En 1953 se produjo una división en la UTC, de la que nace la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT)<sup>13</sup>, centrada más en las reivindicaciones económicas y menos en la moral cristiana de colaboración con el empresario, confederación que fue disuelta en 1955, por considerar que sus dirigentes:

han manifestado su rechazo a la autoridad doctrinal de la Iglesia en el campo social; han hecho mofa del sindicalismo de orientación católica y han afirmado principios contrarios a la moral cristiana. Sus dirigentes son los mismos de la CTC, que tantos males causó al país y que estuvo hasta la escisión de 1950 orientada por los comunistas. El presidente de la CNT perteneció a esas directivas y lo mismo la mayoría de los dirigentes actuales. Por oportunismo han cambiado de posición, pero no de mentalidad (Oviedo, 2009, p. 164).

Por su parte, desde 1950, la CTC entró en un proceso de debilitamiento explicado por varias razones, entre las cuales se advierte: una personería jurídica demandada, la desafiliación de varias empresas y de la Federación de Cundinamarca, el receso de actividades desarrolladas por sus federaciones más importantes (Antioquia, Valle y Atlántico), la muerte de muchos de

---

1945 prohibía el paralelismo sindical de empresa y el Decreto 2313 que la desarrollaba prohibía la existencia de más de una central” (Oviedo, 2009, p. 44).

12 Recordemos que la influencia de Ospina Pérez en la administración y la economía fue muy importante en el marco del segundo espíritu del capitalismo (Sáenz-Rovner, 1990). Ospina creó una firma constructora muy importante en el país (Ospinas Constructores), contribuyó a la fundación de la Federación Nacional de Cafeteros y también publicó un libro titulado *Economía industrial y administración* (1936), en el que plagió sin ningún decoro el libro de *Administración industrial y general* de Henri Fayol (1916).

13 Fundada inicialmente como GCTC.

sus dirigentes, la represión propia del periodo de la violencia en Colombia, la oposición de la Iglesia a toda manifestación asumida como propia del comunismo, las condiciones de ley que le impedían movilizar recursos y la desintegración de su cuerpo de dirigentes, lo que conllevó una reorganización que dio paso a la creación y consolidación de otras centrales (Oviedo, 2009) y a nuevos procesos de reorganización a partir de 1958, que en la década de 1960 dieron lugar a la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC).

Bajo el amparo de la Acción Social Católica se fundaron muchas organizaciones que se proyectaron en todo el país y que llegaron a ser significativas tanto para la acción pastoral, como para la labor asistencial de la Iglesia, hasta la década de los sesenta. Además de los primeros sindicatos, se reconoce la importancia de las Granjas Infantiles del padre Luna, las Granjas Agrícolas de la Arquidiócesis de Medellín y diferentes obras orientadas a la promoción de las comunidades campesinas y su inserción en la vida económica y política del país. Dentro de estas merece especial interés la Acción Cultural Popular (Acpo), que inició en 1947 con la emisión de Radio Sutatenza, y que bajo la orientación del sacerdote José Joaquín Salcedo Guarín se dedicó a la formación, capacitación y entretenimiento de los campesinos del país a través de las Escuelas Radiofónica, el Instituto Campesino de Sutatenza, el periódico *El Campesino* y un sistema de publicaciones propio que facilitó el desarrollo de materiales pedagógicos como cartillas, formatos, textos y manuales (Cardona, 2016; Roldán, 2017).

Las primeras grandes fábricas como Coltejer, Fabricato y Cervecería Unión realizaron retiros espirituales fundamentados en la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII para promover formas de respeto a la dignidad humana del obrero, del buen trato y de la igualdad. En Coltejer se repartieron las encíclicas de *Rerum Novarum* y luego *Quadragesimo Anno*, que aparece en 1931 y revitaliza lo propuesto por León XIII. En Fabricato se llegó más lejos. Adicional al Sagrado Corazón de Jesús, se instaló el Santísimo Sacramento en la fábrica. “Para los obreros era, sin duda, ‘una compañía que los consolaba en sus penas y recibía sus plegarias’, pero, al mismo tiempo, un vigilante mucho más aterrador que las meras imágenes del Sagrado Corazón de Jesús” (Mayor, 1984, p. 314). Como diría Alfonso López Michelsen, es la vivencia plena del salmo 139 (López, 2006). De esta forma, como indica Mayor (1984), referenciando a Thompson, se genera un engranaje perfecto del dispositivo moral para el trabajo a partir del “terrorismo religioso” (p. 314).

En Colombia, el estudio desarrollado por Arango (1991) muestra la forma en que el paternalismo cristiano hace presencia en la región antioqueña, afectando los procesos de gestión de la mano de obra vinculada a Fabricato, empresa de industria textil entre 1923 y 1944. Resalta Arango cómo en esta empresa, “el paternalismo cristiano y la religiosidad se asocian para asegurar un control total sobre los trabajadores dentro y fuera de la empresa” (p. 42), elevando al patrón al rango de padre de familia, con conocimiento, relación directa y autoridad sobre sus trabajadores. Las trabajadoras, por su parte, eran en su gran mayoría mujeres muy jóvenes, solteras, de origen rural y de familias cristianas de la región. En este ambiente, “la productividad y la responsabilidad obreras son estimuladas por medio de una ideología del trabajo como un deber de naturaleza religiosa” (p. 42).

En forma paralela, la empresa desarrolló mecanismos de protección de los trabajadores a partir de “el alquiler de viviendas construidas por la empresa cerca de sus instalaciones, la creación de un internado para las obreras, dirigido por una comunidad religiosa, las ayudas para drogas y alimentos o los préstamos otorgados arbitrariamente” (Arango, 1991, p. 43). Lo anterior contribuyó a la visualización de la empresa como una comunidad, “en donde se ejerce un severo control sobre la conducta moral de las trabajadoras” (p. 50), quienes terminan por sacrificar la posibilidad de independizarse, contraer matrimonio o convertirse en madres a fin de permanecer en la empresa, ejerciendo un trabajo en el que reciben incentivos y modestas ventajas económicas.

Para Arango (1991), “la Iglesia católica en el país y especialmente en la región antioqueña emprende una lucha por preservar y extender su poder de control social al perder el control político que los gobiernos conservadores le habían facilitado” (p. 139). Existía para la Iglesia dos preocupaciones centrales: “la educación, terreno en donde el control de la Iglesia se ve cuestionado por la Constitución de 1936 que establece la libertad de enseñanza bajo la supervisión del Estado, y el control sobre una clase obrera en expansión” (p. 140), influenciada por las ideologías socialistas y comunistas de la época.

El gerente en la década de 1930 de Cervecería Unión, a partir de las ideas de la Acción Social Católica, consideró necesario promover las encíclicas sociales de León XIII y Pío XI para realizar una sindicalización cautelosa, en la que los obreros respetaran la propiedad privada del patrono. Indicaba que “no es cristiano el obrero que, a cambio del salario convenido, no rinde la cantidad de trabajo que honradamente debe rendir” (Mayor, 1984, p. 317).

Para Pío XI, el empresario como agente creador de bien a la comunidad “es aquel que consagra los recursos mayores de que dispone a desarrollar una industria, fuente abundante de trabajo remunerador” (Mayor, 1984, p. 323). La visión del empresario caritativo a partir de la ética de la redistribución de la riqueza promovida por las encíclicas socialistas, llegando incluso a ir más allá de una justa remuneración a la concesión de alzas en salarios, regalando productos en festividades y brindando incluso algunas acciones de las empresas (particularmente en casos como Coltejer, Fabricato y Tejidos Unión). Empresarios como Jorge Restrepo Uribe declararon que “la doctrina social católica resuelve completa y satisfactoriamente todos los problemas sociales que se puedan presentar en una fábrica de personal ya crecido” (Mayor, 1984, p. 325). En este marco aparecen también declaraciones de trabajadores como Manuel Granados, de Coltejer, quien en *El Obrero Católico* indicó: “Yo diré, pues, al joven lector que escucha aquí mis consejos: Sabe obrar; ¡vuélvete un hombre de acción! [...] da al trabajo lo mejor de tu vida” (Mayor, 1984, p. 329). También Leonardo Muñoz decía “Yo en mi carácter de obrero [...] hago una invitación a todos mis compañeros de buena conciencia, a colaborar en todo lo que nos sea posible para el progreso de la fábrica” (Mayor, 1984, p. 329). Se encuentra en la prédica moral de las obreras de la época, una que planteaba

teje, teje, tejedora, pero teje a la vez en varios telares. Cómo brillan de satisfacción los ojos de aquellas obreras que tienen interés en sacar buen dinero semanal [...] pero] no descuidéis vuestras prácticas piadosas. Unid desde por la mañana vuestro trabajo al corazón de Jesús y de este modo ganaréis dinero para la vida material y méritos para la espiritual (Mayor, 1984, p. 330).

Finalmente se desalentó la bebida y se promovió la práctica del deporte. El director de Coltejer en la década de 1940, Carlos Echavarría, contribuyó a impulsar el deporte, que no se tomó como un fin en sí mismo “sino como medio para obtener mayor eficiencia en el trabajo” (Mayor, 1984, p. 333). El sindicalismo organizado por la Iglesia, especialmente los jesuitas, no era de corte socialista o comunista, sino doctrinario de no odio entre clases sociales: “no podemos odiar a quienes nos tienden la mano y nos apoyan” (p. 334). En las empresas y la formación de sindicatos cristianos, como el caso de la Sociedad Regeneradora de Coltejer, “se promovían las fiestas religiosas, se vigilan las costumbres y se protegen los obreros de los comunistas” (p. 334). La represión al desenfreno sexual y las tentaciones lujuriosas de la carne

también eran parte vital del trabajo de la Acción Católica y las empresas. Como indica Mayor (1984), “la reprensión de las energías sexuales significaba propiamente su desplazamiento hacia el trabajo y su confiscación en beneficio de la empresa” (p. 335).

A fin de cuentas, se creó un sentido de pertenencia con la empresa. Por ejemplo, el obrero Benjamín Ramírez de Coltejer afirmó que “esta gran familia industrial a la que pertenecemos [...] podía denominarse coltejerianos”, lo que implica un proceso de autorrealización y de compromiso genuino con una comunidad (Mayor, 1984, p. 336). Pero tenían un sentido de responsabilidad más allá de la empresa, como se lee en las palabras del trabajador J. M. París:

convencidos estamos [...] que no podemos mirar con malos ojos al capital y de que, ayudados por él, representamos una función social, la de producir para todos los colombianos telas baratas: garantizando a nuestros patronos y a los consumidores alta calidad (Mayor, 1984, p. 332).

De esta forma, la vivencia organizacional se fundamentó en valores, creencias y costumbres católicas, intentando reforzar los sentimientos de cohesión y generando un ambiente eficaz para la coordinación y la cooperación, que permite y favorece los procesos de planeación, dirección y ejecución del trabajo. Esta relación existente entre los sentimientos y las manifestaciones religiosas y la cultura presente en una empresa (Anzola 2003 y 2005) permite explicar algunas de las características asociadas a la identidad y a la imagen de ciertas organizaciones; pero aluden también a un dispositivo de control y de producción de cierto tipo de sujeto trabajador requerido, de acuerdo con las condiciones de la época.

En 1933, la Conferencia Episcopal funda la Acción Católica Colombiana (ACC) y establece los estatutos que reglamentan su orientación hacia cuatro poblaciones –caballeros, jóvenes, señoras y juventud femenina– y su funcionamiento bajo la orientación del episcopado y fuera de la interferencia de los partidos políticos. Oviedo (2009) señala cómo estos estatutos serían modificados en 1936 planteando como esencial “formar un grupo selecto de apóstoles alrededor de la jerarquía, después militantes y por fin ir agrupando masas” (p. 74). Desde este mismo año, “se señala la formación de propagandistas sindicales para difundir la doctrina social de la Iglesia, la defensa jurídica de los obreros y campesinos y del apoliticismo. Y se llama ya abiertamente a organizar el sindicalismo católico” (p. 74).

Desde 1934, la Acción Social Católica contó con un Secretariado Social que le permitía centralizar todas sus obras y participar a través de los Centros Obreros en la fundación y organización de gremios y sindicatos: Sindicato de Barberos de Medellín, fundado en 1930; la Unión de Artes Gráficas, fundada en 1933; el Sindicato Industrial de Trabajadores de Hilados y Tejidos, fundado en 1935; y el Sindicato Ferroviario de Bello, en el que funcionaba una sección de ahorro y auxilio creada por la Acción Social Católica en 1932. Con esto que logró ampliar su cobertura e influencia, conocer a los trabajadores y su trabajo, y contar con el apoyo de muchas empresas, “constituyendo una barrera formidable contra la cual chocaron muchas organizaciones políticas en su empeño de penetrar los grandes sindicatos industriales de Antioquia” (Mayor, 1979, p. 46).

En 1934 el Estado, mediante el Decreto 895 del 26 de abril, reglamentó la jornada máxima de trabajo, estableciéndola en ocho horas, con lo que se modificó las extensas horas de trabajo que para la época solían ser de doce a catorce. Esta reforma, surgida en el gobierno liberal, consolidaba el interés de la Acción Social Católica por el manejo y el control del tiempo de no trabajo, dado que se consideró que este tiempo libre podría ser utilizado para actividades políticas y comportamientos que iban en contra de la moral, lo que afectaría la vida del trabajador y su productividad en el trabajo. Para Mayor (1979), este decreto —que se suponía iba a significar mayor contratación y disminución de los indicadores de desempleo de la época— tuvo como efecto en Antioquia:

la intensificación del trabajo en las fábricas a través de nuevos métodos y técnicas de producción. La medida impulsó, pues, a los industriales antioqueños a intentar, quizá por primera vez en el país, un mejoramiento de la productividad del trabajo industrial (p. 49).

De otra parte, la Acción Social Católica recomendó al gobierno la creación de las escuelas de artes y de oficios, las escuelas de deporte, los clubes de cine y de teatro “sanos”, los ciclos de conferencias “culturales” y los viajes cortos “educativos”. Junto con la anterior recomendación, se encargó de liderar varias de las estrategias planteadas, a la vez que fortaleció las escuelas dominicales anexas a los centros obreros, y ejerció control y participó en los medios masivos de comunicación de la época con programas de radio y con publicaciones periódicas. De otra parte, aconsejaba a los industriales y patronos a cumplir con las reglamentaciones establecidas por el gobierno,

además de instarles a asumir ciertas prácticas asociadas a un patrono católico, como el pago de salarios justos, el buen trato, la distribución de la riqueza, la eliminación de los descuentos en la paga por las tardanzas y la anticipación a las necesidades de los trabajadores.

Mayor (1979) planteó cómo, entre los años 1934 y 1936, crecieron las huelgas y los paros de obreros en diferentes regiones de Colombia, incluida Antioquia, debido a la desvinculación de algunos trabajos, los cambios en las asignaciones laborales y la intensificación en el trabajo, etc. Frente a esta situación, no resuelta mediante acciones de represión, la Acción Social Católica abanderó el desarrollo de retiros espirituales en las empresas, aprovechando este espacio para difundir las encíclicas papales *Rerum Novarum* y *Cuadragesimo Anno*, buscando constituir con ello con un método de coacción moral. De igual manera, en la “Pastoral Colectiva de 1936 hay un tratado extenso sobre el comunismo, sus antecedentes, doctrina, métodos, táctica y concesiones de táctica, para en la segunda parte contraponer algunos puntos de la doctrina social católica” (Oviedo, 2009, p. 64).

En 1938, la Acción Social Católica señaló las directrices del movimiento sindical católico en el país, reconociendo diferentes tipos de acción, según el comportamiento de los patronos, el tipo de agremiación laboral y el estilo de los líderes sindicales, regulando así el proceso de sindicalización, constituyendo la base de lo que sería más adelante la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC).

La Acción Social Católica contó entre sus laicos con un grupo de diputados a la Asamblea de Antioquia, dentro de los cuales cabe resaltar a Mariano Ospina Pérez, preocupado, entre otras cosas, por la cuestión sindical, los jornales y las cooperativas de consumo. Para Mayor (1979), la Acción Social Católica de los años treinta asumía que “el problema social solo era susceptible de solucionarse con la aplicación de los planteamientos de la Iglesia católica; pero estos no podrían realizarse plenamente mientras los principios de la dirección científica no penetraran el mundo del trabajo” (p. 39).

En el terreno práctico, estos dos desarrollos (educación moral y religiosa del trabajador antioqueño, y organización técnica y administrativa eficaz) tendieron a coincidir. La escuela del “manejo científico” en la que se habían educado los egresados de la Escuela de Minas planteaba que la posibilidad de promover la riqueza material y la armonía social estaba, independientemente de cualquier consideración religiosa, en la aplicación de sus principios. Pero, en Antioquia, los ingenieros de la Escuela de Minas que empezaron a adaptar la “dirección científica” eran, al mismo tiempo,

católicos integrales e incluso paladines de la Acción Católica. Así, para citar algunos casos, un Mariano Ospina Pérez, director de Ferrocarril de Antioquia y reorganizador de la Federación Nacional de Cafeteros; un José María Bernal, gerente de Cervecería Unión; un Jorge Restrepo Uribe, gerente de Coltejer; o un Luis Palacio Cook, fundador y director de Pepalfa, eran tenidos en el medio antioqueño como grandes administradores a la par que católicos militantes (Mayor, 1979, p. 57).

Sin embargo y a pesar de la fuerza de la Acción Social Católica, resulta interesante advertir cómo, a pesar de que muchos empresarios colombianos reconocían ser católicos y guiarse por el ideario católico, en el Censo Industrial de 1947 se registró que

las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* parecen haber calado poco en el medio industrial colombiano, y agrega, que los países donde el catolicismo se ha hecho religión de Estado, han tomado sobre sus hombros la pesada carga de convertir en realidad aquellas encíclicas, de 7.853 establecimientos industriales colombianos, solo en 72 se practicaba el salario familiar y en 71 el subsidio familiar, es decir menos del 1 % (Oviedo, 2009, p. 62).

Durante las primeras décadas del siglo xx, en Colombia se advierte una relación complementaria entre los postulados y métodos de administración y dirección del trabajo impulsados por la Escuela Nacional de Minas, y la labor educativa masiva realizada por la Iglesia, en donde la educación del obrero antioqueño en el buen uso del tiempo, el orden, la honradez, la adecuada utilización del tiempo libre que le permitía luego trabajar mejor y la lucha contra el alcohol, los juegos de apuestas y toda clase de vicios, coincide con los esfuerzos empresariales de reorganizar las empresas e intensificar la producción.

Para Archila (1990-1991), estas campañas moralizantes lideradas por la Iglesia tenían además un profundo alcance ideológico y político, mostrando cómo en medio estos movimientos, no solo se orientaban a prohibir, sino también a persuadir al trabajador, entrecruzando discursos alusivos a la raza y la clase social. Como parte de estas estrategias, se planteó el ahorro como una de las virtudes por excelencia que en sus bondades se antepone a los vicios, por lo cual desde los años veinte se desarrolló una cátedra de ahorro en las escuelas públicas ordenada por el gobierno y se constituían Sociedades de Ayuda Mutua y las cooperativas de ahorro para obrero, y en 1928 se dictó la Ley 124 para consolidar su fomento.

De igual manera, la forma de reforzar la coacción psíquica a través de los retiros espirituales, que procuraban cierto equilibrio psicofísico al trabajador, fueron iniciativas que junto con los principios sociales de la Iglesia en relación con el salario justo, el trato humano, y la distribución de la riqueza, esperables en la práctica de un buen patrono católico, así como numerosas estrategias de control social, se constituyeron en un punto decisivo para los rápidos desarrollos industriales logrados en la región (Mayor, 1979).

En la segunda semana social, realizada en 1938, Mariano Ospina Pérez orientó una de las conferencias centrales titulada “La organización del trabajo”, en la que presentó una reflexión cristiana sobre el trabajo, la administración y la ciencia, proponiendo demostrar:

que los avances en la ciencia experimental en el terreno de la economía y de la sociología han venido a confirmar la verdad y la bondad de las enseñanzas católicas. Por ejemplo, “las enseñanzas católicas definen lo que debe ser el salario justo y legítimo [y] dan a la ciencia económica su verdadera orientación y le señalan el derrotero humanitario”. Sin referenciar directamente a Taylor y su famosa frase: “ciencia en vez de empirismo, armonía y no discordia, rendimiento máximo en lugar de producción reducida” (Ospina, 1938, p. 175).

Para Ospina (1938),

la solución del magno problema social del siglo XX solo puede encontrarse en la aplicación sincera y leal de las normas de la escuela social católica y en el manejo científico y cristiano del trabajo [...] en donde la solución del problema social no debe darse sobre la lucha de clases, sino sobre la cooperación amistosa de obreros y patronos [que] transformaban las fábricas, de prisiones, en verdaderos templos del trabajo (p. 175).

Ospina Pérez realizaba así una virtuosa adaptación de León XIII y Pío XI con Taylor y Ford (Mayor, 1984, p. 319). Estas racionalidades explican la forma en la que caló la propuesta de las encíclicas sociales en el marco de la Comunión de Todos los Santos.

De otra parte, Mayor (1979) resaltó cómo, en esta misma conferencia, Ospina planteó que la ciencia le estaba dando la razón a la doctrina social católica:

“Quiso el Pontífice –decía Ospina Pérez– que el obrero fuese remunerado, que se limitasen las horas de trabajo y que se le tratase con humanidad y la Escuela

Científica Americana demuestra que el trabajo excesivo produce menos, que el maltrato engendra violencia contra la empresa y que los salarios de hambre incapacitan al obrero para la producción. Quiso el Papa que el empresario no abusase del obrero; la teoría americana demuestra que tales abusos van contra la técnica y contra la empresa. La escuela del manejo científico demuestra que ‘standarizando’ el peso y la resistencia sufre menos el obrero, produce más y obtiene mejor salario. Quiso el Papa que el descanso dominical fuese norma en la vida del trabajo, y fisiológicamente se comprueba que el obrero sin reposo se fatiga y disminuye la capacidad productiva, al mismo tiempo que pierde anímicamente en alegría, entusiasmo y optimismo” (Mayor, 1979, p. 58).

Señalaba Ospina Pérez que en el país de la época existen tres clases de patronos:

unos que explotan al obrero; otros que quisieran darle un buen salario, pero por falta de técnica y mala administración no logran sus intenciones. Los terceros que pagan buen salario, comprenden al obrero, se interesan por sus necesidades y administran científicamente sus empresas. Con estos últimos, el problema social pierde fácilmente su agudeza y peligrosidad. Por tanto, las conclusiones propuestas por el mismo Ospina Pérez, y adoptadas unánimemente, eran no solo el plan de trabajo de la Acción Social Católica, sino también en gran medida el programa de acción económica y social de la burguesía industrial antioqueña (Mayor, 1979, p. 59).

De otra parte, Archila (1990-1991) evidencia cómo el interés por presentar alternativas de diversión a los trabajadores llevó a las empresas en los años cuarenta a fomentar la práctica del deporte. Con la creación de los “secretariados sociales”, que en realidad eran departamentos de relaciones laborales, asumidos por profesionales de trabajo social, se ofrecieron conferencias y cursos de formación, y se organizaron fiestas, bailes, comparsas, desfiles y reinados, actividades que en cada región asumían diferencias en su manifestación de acuerdo con las culturas populares del trabajador obrero. De esta manera, la conquista de más tiempo libre, lejos de favorecer el ocio, se convirtió en tiempo adicional de trabajo, lo que possibilitó especialmente a los trabajadores distintas formas de complementar ingresos que dependían de sus tradiciones heredadas, de los oficios que conocían (carpintería, cerrajería) y de las posibilidades de que disponían, orientándose al trabajo en huertas caseras, cuidado de animales de granja, procesos de autoconstrucción, pequeños comercios o talleres de familia, etc., mientras que las trabajadoras realizaban en forma usual una segunda jornada de trabajo en sus hogares,

o en el caso de estar internas en los patronatos, se dedicaban a actividades religiosas como novenas, rosarios y misas.

Aparentemente, la disciplina de trabajo se imponía, no sin resistencias como lo hemos señalado, conquistando aun el espacio donde el trabajador podía ser dueño de sí mismo. Paralelamente la clase obrera iba construyendo valores que le daban identidad y desarrollando actividades colectivas que favorecían su cohesión. La confrontación social seguía en un terreno más sutil que el de la diversión (Archila, 1990-1991, p. 170).

La formación de administradores profesionales, iniciada en la Escuela Nacional de Minas de Medellín por Alejandro López en 1912 (Orozco & Anzola, 2019), viene a tomar auge con el llamado que hacen los empresarios por formar gerentes en el país, en el marco de la celebración del Primer Congreso de Administración Científica, llevado a cabo en Medellín en 1959. En 1960 se creó la carrera de Ingeniería Administrativa en la Escuela Nacional de Minas y de Administración de Empresas en Eafit, desde una orientación laica, como ocurriría en 1965 con la aparición de la Escuela de Administración de Empresas y Relaciones Industriales de la Universidad Externado de Colombia. Ese mismo año se creó la carrera de Administración de Empresas en la Universidad Nacional de Colombia (Unal), que contó en los años siguientes con el apoyo de la Asociación de Empresarios Cristianos de Suiza, que también auspició la creación del Instituto de Promoción Industrial (VCU) en 1966, y en cooperación con la Unión Internacional Cristiana de Empresas (Uniapac), fueron dando recursos y capacidades para la formación de administradores, especialmente en la Universidad Nacional (López & Suárez, 2016). Finalmente, la Iglesia repunta en la Universidad del Rosario con la creación de la Facultad de Administración Privada en 1965, el programa de Administración de Empresas en la Pontificia Universidad Javeriana en 1968 y en 1970 en la Universidad Social Católica de La Salle.

##### 5. EL TERCER ESPÍRITU CAPITALISTA, DÉCADA DE 1970 HASTA FINALES DEL SIGLO XX

Este tercer espíritu corresponde con un capitalismo flexible que contradice al aparato ideológico del período anterior, posicionando la autonomía, la autorregulación, la autorrealización y la personalización de las relaciones en el

trabajo, proceso en el que se resalta el papel preponderante de los discursos propios de la gestión empresarial.

el discurso que pretende ser a la vez formal e histórico, global y situado, que mezcla preceptos generales y ejemplos paradigmáticos, constituye hoy la forma por excelencia en la que el espíritu del capitalismo se materializa y se comparte. Este tipo de discurso se dirige ante todo a los cuadros, cuya adhesión al capitalismo es particularmente indispensable para la buena marcha de las empresas y para la formación de beneficios. El problema, sin embargo, es que el alto nivel de compromiso exigido no puede obtenerse por pura coacción, a la vez que, en la medida en que están menos sometidos a la necesidad que los obreros, pueden oponer una resistencia pasiva, comprometerse con reticencias, o incluso minar el orden capitalista criticándolo desde dentro (Boltanski & Chiapello, 2002, p. 19).

Las ideologías deben estar incorporadas en formas discursivas que comprendan mediaciones numerosas y diversas; que se traducen en justificaciones que suscitan disposiciones a la acción y proporcionan la seguridad de que las acciones emprendidas son moralmente aceptables; razón por la cual, tanto la literatura empresarial como las propuestas de gestión consolidadas a partir de la década de 1980 se constituyen en fuente de inscripción del “tercer espíritu del capitalismo”, haciendo explícita una narrativa en la que se entremezclan recomendaciones, explicaciones y fundamentos morales, orientados a aligerar, flexibilizar y reemplazar el control externo por la autonomía, en un entorno que se muestra cada vez más complejo y en el que la cultura de una organización se asume como una fuente de ventaja competitiva. Desde esta perspectiva, se requiere de trabajadores autorregulados, motivados, empáticos e identificados con las plataformas estratégicas de las empresas para las cuales laboran. De esta manera, en el marco de la aplicación de la cultura de la calidad como construcción discursiva se cumple con una doble función: avala las prácticas de gestión necesarias para la continuidad del proceso de acumulación, a la vez que invisibiliza aspectos como la reducción de niveles enteros de la estructura empresarial con consecuentes pérdidas de empleo y precarización laboral, situaciones avaladas por los discursos de la reingeniería.

En conclusión, la práctica gerencial de este lapso se encuentra entre el discurso de la cultura organizacional como mecanismo generador de ventaja competitiva, en el que se aplica denodadamente la calidad total, y que resulta de la intervención previa de una reingeniería, en la que se seleccionan y quedan solo los componentes de la eficiencia y las personas que lograron

demostrar su lealtad hacia el nuevo evangelio de la calidad. Esta búsqueda de implicación emocional como imperativo favorece a su vez la invisibilización de los conflictos, las tensiones y las asimetrías que forman parte de las realidades organizacionales.

Para lograr la adhesión de las personas indispensables para la continuación de la acumulación, el capitalismo tuvo que incorporar un espíritu susceptible de proporcionar perspectivas de vida seductoras y excitantes, y que ofreciese a la vez garantías de seguridad y argumentos morales para poder continuar haciendo aquello que se hace. Esta amalgama de motivos y razones varía en el tiempo de acuerdo con las expectativas de las personas a las que hay que movilizar, las esperanzas con las cuales han crecido, así como en función de las formas adoptadas por la acumulación en las diferentes épocas. El espíritu del capitalismo debe responder a una exigencia de autojustificación, sobre todo para poder resistir a la crítica anticapitalista, lo que implica un recurso a convenciones de validez universal en cuanto a lo que es justo e injusto (Boltanski & Chiapello, 2002, p. 33).

Colombia pasó de ser una sociedad consagrada al Santísimo Sacramento, a una de pluralidad cultural y religiosa, en donde muchos creyentes empiezan a identificarse con opciones diferentes a las del catolicismo. Este proceso de creciente diversidad que venía dándose en el país desde mediados del siglo XX (Christopher, 1987 y 2004), es finalmente reconocido en la Constitución Política de 1991 (Beltrán 2006 y 2013a). Esta variedad religiosa se aúna a un conjunto amplio y complejo de cambios políticos y sociales, que se proyectan en un proceso de globalización y apertura de mercados, en el favorecimiento de las tecnologías de información y comunicaciones, y en un sinnúmero de modificaciones derivadas de estos procesos.

La religión ha influido en la conformación de la sociedad colombiana y los procesos de cambio global de diversa índole —políticos, económicos, sociales, culturales, ambientales, demográficos y tecnológicos—, que permitían advertir que la fe católica ya no se constituye en el único y en el más fuerte criterio para el establecimiento del orden social. De otra parte, además de los partidos tradicionales, emergían desde la década de 1970 otros grupos y fuerzas políticas que evidenciaron la precariedad estatal y la falta de confianza en el gobierno y en la representatividad de los partidos tradicionales, situaciones todas que se fortalecieron junto con procesos de rápida urbanización y secularización, expansión en la cobertura educativa y un descontento social creciente hacia las clases políticas y los sistemas clientelistas que las

sostienen, lo que representa para González (2010) intereses territoriales de carácter rural y tradicional, muy superados hoy por el desarrollo de la industria, el comercio y las finanzas.

Esta crisis de legitimidad vendría más adelante a materializarse en varios de los movimientos y acciones de finales del siglo xx e inicios del xxi, que coincidieron con fuertes reformas en el ámbito económico y productivo, y en el papel del Estado como regulador de las relaciones dadas en una sociedad y en una nación, que establece un orden político sobre los sujetos que la constituyen a partir de elementos materiales e inmateriales. Para Madrigal (2011),

la materialidad del Estado, se hace visible en el accionar de la Administración pública (burocracia), el mercado (comercio) y los partidos políticos (elecciones), dentro de procesos de distinción social conducentes a la privatización (cierre) del sentido de lo público; mientras que su inmaterialidad se expresa simbólicamente en la fijación de los imaginarios de integración territorial (fijación de fronteras), legitimidad sistémica (ideología dominante) y pertenencia clasista (diferenciación poblacional), tendientes a crear la identidad pública (p. 219).

Es necesario recordar aquí que a mediados de la década de 1990, frente a la crisis del modelo de desarrollo y el agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), Colombia ingresa en un proceso de reformulación de su modelo de industrialización buscando mayor competitividad, un proceso de globalización y apertura de mercados, situación para la cual desde la década anterior (la de los ochenta), se venía estableciendo un conjunto de cambios de muy diversa índole, que, con fuertes repercusiones, obligaba a la resignificación de muchos de los discursos y prácticas utilizadas hasta ahora para mantener el orden social y para dar respuesta a las fuertes problemáticas presentes en su territorio.

De otra parte, Boltanski y Chiapello (2002) señalan cómo el espíritu del capitalismo impone límites al capitalismo a partir de dos maneras diferentes: la interiorización de las justificaciones por parte de quienes participan del capitalismo, lo que posibilita una autocrítica que favorece la autocensura y la eliminación de las prácticas no conformes con estas justificaciones; y la puesta en marcha de dispositivos capaces de proporcionar credibilidad al espíritu del capitalismo, lo que permite incorporar pruebas de realidad que ofrecen elementos tangibles con los cuales responder a las denuncias, logrando legitimar las formas actuales en que vivimos.

Abal (2004) resalta la forma en que los cambios ocurridos a nivel global determinan diversas modificaciones en los procesos productivos y en las propuestas gerenciales, que suelen, a partir de apuestas conceptuales, teóricas y metodológicas, constituir un imaginario de empresa caracterizado por constituirse en un ambiente libre de jerarquías y permeado por sentimientos de confianza, en donde todos los participantes pueden y deben involucrarse con los fines de la empresa, utilizando para ello además de su capacidad creativa, su sentido de autogestión de la trayectoria profesional. Por lo cual, a partir de la *gestión de sí*<sup>14</sup>, la autonomía y la responsabilidad asumida sobre el propio destino profesional, en el que el sujeto puede forjar su propia empleabilidad mediante el desarrollo individual de competencias, que le lleven a diferenciarse y salir airoso en una lucha, no es solo por un espacio de trabajo, sino por el progreso, el éxito profesional y el reconocimiento social derivado de ser reconocido como un sujeto productivo en permanente ascenso.

En esta circunstancia se recalca la forma en que el trabajador cuenta con el acompañamiento permanente de un conjunto de dirigentes-líderes, que por sus propios méritos se constituyen en figuras ejemplarizantes e inspiradoras, que elevados a la categoría de “*coach*”, “mentores” o “tutores”, están dispuestos a favorecer en ellos el autoconocimiento y el descubrimiento de los que son capaces, lo que los lleva al despliegue de sus potenciales creativos.

El imaginario del *management* se ha ido transformando notablemente, reaccionando por lo general a situaciones en que la tasa de rentabilidad tiende a entrar en crisis. Cuando el capitalismo de emprendedores generó problemas al no poder abastecer los mercados, nacieron los sistemas de producción en serie. El imaginario está repleto de jerarquías, instrumentos de control, celdas, barreras entre tareas, planos, esquemas [...]. Cuando el modelo de organización taylorista y fordista entró en crisis, con una evidente caída de la productividad [...] el *management* del cambio

---

14 Esta retórica de la autoinvención oculta las desiguales posibilidades que tienen las personas de realizar esa “gestión de sí” y que varían según la edad, el género y la procedencia social, pero también según cualidades más personales como el carisma, los deseos de asumir riesgos o las aptitudes “emprendedoras”. A pesar de ello, si bien su veracidad como receta de éxito puede ser cuestionada desde el análisis sociológico, observando las “reales condiciones de producción” de las posiciones en este espacio, ello no exime su eficacia simbólica como eje ordenador y justificador de las relaciones. Es decir, el seguir la retórica *managerial* al pie de la letra no asegura una carrera de éxito, pero ello no le quita validez en tanto gramática de legitimación de los ganadores y ejemplo a seguir (Luci, 2011, p. 164).

de los ochenta propuso una transformación radical, basada en fomentar la participación [...] de todas las personas de la organización, anulando las viejas lealtades colectivas (sindicales) y estatales (Alonso & Fernández, 2006, p. 145).

La tendencia educativa para las nuevas generaciones de administradores en Colombia se fundamentó, especialmente desde el Primer Congreso de Administración Científica de 1959 y la posterior creación de facultades de administración, en la enseñanza del denominado *movimiento de las relaciones humanas* y el posterior desarrollo del campo del comportamiento organizacional, particularmente el libro de *El lado humano de la empresa* de Douglas McGregor. Uno de los movimientos ideológicos y de reflexión académica en el pensamiento administrativo de la década de 1970 en Colombia fue el movimiento sindical en función de analizarlo como ejercicio propio del siglo xx en el país, con cambios en su composición, su organización y sus relaciones, además de encontrar formas para su gestión, ya que fue considerado uno de los grandes retos para el logro del desarrollo industrial. En particular, se dictaron cursos sobre el sindicalismo en Colombia sobre este tema hasta 1990 y se realizaron algunas investigaciones (Dávila, 2015); sin embargo, Colombia entraba en un periodo de desindustrialización.

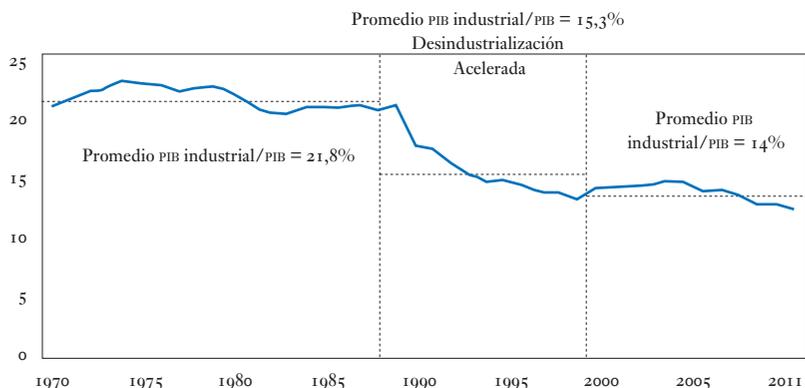
Los estudios sobre el desarrollo industrial en Colombia coinciden en mostrar que desde la década de 1970 el país tuvo una profunda transformación en su dinámica productiva. Como indica Kalmanovitz (2010),

desde 1974 y hasta el final del siglo xx la economía colombiana mostró una clara tendencia hacia la desindustrialización. Entre 1929 y 1973 la industria creció 7,5 %, pasando a un 0,8 % en la última década del siglo xx (p. 209).

En cuanto a la participación de la industria en el PIB, para 1975 este reglón representó el 23,5 % de la producción total de Colombia, disminuyendo al 14,5 % en 2002. La industria representó hacia 1980 el 25 % del empleo total del país y en los últimos años apenas registra el 12 %. En el marco de las exportaciones totales, en 1995 el rubro que corresponde a la industria representó el 65 %, pasando a 53,8 % en 2000 (Valencia, 2016).

En la figura 1, realizada por Clavijo, Vera y Fandiño (2012), se muestra cómo la importancia de la industria en la economía colombiana tiene una clara tendencia a la baja, revelando una desindustrialización acelerada.

FIGURA I  
PARTICIPACIÓN DE LA INDUSTRIA  
EN LA ACTIVIDAD ECONÓMICA



Fuente: Clavijo *et al.* (2012, p. 38).

Dentro de las explicaciones que se han venido realizando en los estudios académicos sobre la desindustrialización colombiana se encuentran los siguientes: la ausencia de política industrial en la segunda mitad del siglo XX por la ola neoliberal en la que el Estado abandonó su capacidad de intervención y promoción industrial, lo que dejó el desarrollo en manos del libre mercado (Valencia, 2016), donde la escasa inversión en ciencia y tecnología, el contrabando y las rentas mineras, sin mencionar el fenómeno del narcotráfico y la violencia, fueron el marco fenomenológico que explica el retroceso industrial vivido en el país.

Molina (2000) explica la crisis del espíritu empresarial que conlleva la desindustrialización a partir del modelo de sustitución de importaciones de la política cepalina y por el crecimiento acelerado de la sindicalización en una gran diversidad de movimientos sindicales, lo que desincentivó la creación de empresas y favoreció la orientación de los empresarios hacia la especulación en el sector financiero y bursátil.

Otras explicaciones se concentran en la relación dada entre la apertura económica y los tratados de libre comercio que impactaron la revaluación del peso, generando un desincentivo general a la generación de industria (Echevarría & Villamizar, 2006). En este enfoque queda claro el problema para la industrialización que generó la política cepalina de Raul Prebisch con la sustitución de importaciones y el proteccionismo arancelario que favoreció

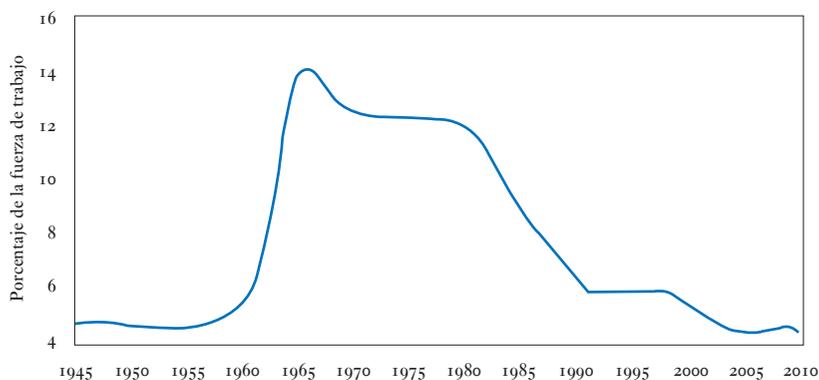
el fortalecimiento de las élites político-empresariales, que dominaron, como lo demuestra Silva-Colmenares (2004), la capacidad de producción hacia el beneficio financiero de unos pocos grupos o conglomerados económicos (Zambrano, 2017), en el que se destaca el Grupo Gran Colombiano liderado por Jaime Michelsen Uribe y la capacidad de manejar la bolsa por el grupo Santo Domingo, liderado por Julio Mario Santo Domingo Pumarejo (ambos empresarios familiares de Alfonso López Michelsen). Finalmente, los análisis econométricos dan cuenta de que el auge del sector servicios y las bonanzas en el sector extractivo, particularmente en petróleo y gas, fueron determinantes para el proceso de desindustrialización en Colombia (Clavijo *et al.*, 2012).

En el proceso de auge industrial colombiano, la sindicalización fue uno de los logros en el plano político de los gobiernos liberales, así como uno de los espacios de influencia de la Iglesia católica, especialmente del ala jesuita, en donde cabe recordar que desde 1944 la coordinación de la Acción Social Católica asume la formación de los dirigentes sindicales (Oviedo, 2009). Para 1971, la corriente democrática de la UTC, que –como dijimos antes– recoge el sindicalismo apoyado por el catolicismo, da origen a la Confederación General del Trabajo (CGT), reconocida legalmente hasta 1975, dividiendo más a los trabajadores de orientación católica (Kalmanovitz, 2010).

La UTC era la confederación más importante del país, tanto en número de sindicatos como en número de afiliados [...]. En 1986, la UTC entró en crisis debido a una serie de errores en el manejo financiero que culminó en la liquidación de la Federación por parte del Departamento Administrativo Nacional de Cooperativas, que adujo una estafa (Urrutia, 2016, p. 221).

Para 1986, en un esfuerzo por congregarse 45 federaciones y 600 sindicatos que representaban el 80 % del movimiento sindical obrero en Colombia, se creó la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), con la que se desarticula por completo la UTC (Kalmanovitz, 2010), llegando a ser la federación más grande del país hasta la primera década del siglo XXI, aglutinando a Fecode y la USO. Posteriormente, entre 1990 y 2000, la tasa de sindicalización en Colombia llega a ser la más baja de América Latina (Urrutia, 2016). Se evidencia el viraje del sindicalismo, en el que la Iglesia católica pierde su dominancia, orientándose a la negociación económica más que a una negociación armónica que facilite la obtención de beneficios compartidos (figura 2).

FIGURA 2  
AFILIACIÓN SINDICAL



Fuente: Kalmanovitz (2010, p. 235).

El estudio de Beltrán (2013b) revela cómo la Iglesia católica pierde su monopolio en las últimas décadas del siglo XX. Hay varias causas que explican dicha pérdida de poder político y social de la Iglesia; entre ellas y similar a lo descrito en el segundo espíritu del capitalismo, está la fragmentación que se generó en el seno de la Iglesia con el Concilio Vaticano II a inicios de la década de 1960, entre quienes abrazaban una transformación a un catolicismo liberal, frente al ala dura e intransigente que se aferra al tradicionalismo. Esto, en Colombia, se traduce sobre el Plebiscito de 1957 que dio paso al Frente Nacional y que declaró al catolicismo como eje de unidad nacional, haciendo que la alianza entre la Iglesia y el Estado no fuera solo para gobiernos conservadores, sino también para liberales, quienes se declaraban “hijos sumisos de la iglesia” (González, 1997, pp. 395-396 citado por Beltrán, 2013b, p. 74), lo que despertó la desazón en la población.

De una parte, la religión ha pasado a ser más una elección que una tradición heredada, y de otra parte, el abandono progresivo de fieles a la par de la modernización, la reducción de personal en la Iglesia católica para atender el crecimiento poblacional y los procesos de urbanización, así como la apertura de un nuevo espacio para que el pentecostalismo y los presbiterianos, por no mencionar las iglesias bautistas y demás corrientes congregacionales, tuvieran una importante penetración en la sociedad colombiana: “Ya en los años sesenta comenzaban a prosperar nuevos espacios sociales que no se aliñaban con la cultura y la moral católica y que llegaban incluso a desafiarla”

(Beltrán, 2013b, p. 81). “Desde los años setenta, la población urbana entró en contacto con la cultura y el estilo de vida protestante-anglosajón” (Beltrán, 2013b, p. 80).

De lo planteado en el presente capítulo resulta una pregunta de investigación a partir de una hipótesis alternativa sobre la desindustrialización en Colombia, en la que se explique a partir de la pérdida de poder e influencia de la Iglesia católica en las empresas y en el sindicalismo, la forma en la que se reduce la capacidad de control y gestión de las organizaciones, y se dificulta la administración de las relaciones humanas y la consolidación de prácticas administrativas capaces de aprovechar el capital más importante de la economía: el talento humano. Queda entonces pendiente para la investigación brindar pruebas que expliquen desde esta alternativa cómo el cambio en la ideología y la práctica gerencial dada la limitada influencia de la Iglesia católica, incidieron en el crecimiento económico y el desarrollo industrial de Colombia.

## 6. CONCLUSIONES

Utilizando como marco de referencia la propuesta de Boltanski y Chiapello (2002) sobre los cambios del espíritu del capitalismo, el capítulo describe cómo el ideario de la religión católica y la acción de la Iglesia facilitaron el desarrollo de prácticas administrativas que, durante la primera mitad del siglo XX, sirvieron como base para el proceso de industrialización dado en Colombia. Luego, la pérdida de poder político de esta institución y las múltiples tensiones presentes en su interior coinciden con un proceso de desindustrialización, en el que proponemos una nueva hipótesis acerca de los factores que incidieron en la crisis del espíritu empresarial.

La desindustrialización en Colombia de finales del siglo XX ha sido explicada usualmente a partir de la implementación de políticas neoliberales, los procesos de globalización de la economía y apertura comercial, la caída de la inversión pública, la liberalización del sector financiero, el elevamiento de las tasas de interés y la eliminación del crédito subsidiado, las políticas de sustitución de importaciones, el proteccionismo, la legislación arancelaria, la crisis financiera e industrial de la década de los ochenta, la expansión sustancial de las importaciones dada la devaluación del peso colombiano, las exportaciones subsidiadas, los factores de comercio internacional, la dependencia y bonanzas de café y petróleo, el subsidio estatal a la ineficiencia de las

empresas, el alto poder del sector bancario, el bajo desarrollo del mercado de capitales, el nepotismo en la conducción de las empresas, la liberalización del crédito y el alto endeudamiento de las empresas, el déficit fiscal, la falta de control gubernamental para el desarrollo industrial, la falta de políticas de desarrollo industrial, la tendencia de propietarios y negociantes por especular en el sector financiero, las altas tasas de interés, la economía informal del contrabando y la proliferación de San Andresitos. Todo esto, además de las economías ilegales y los problemas asociados al narcotráfico y al actuar de otros grupos al margen de la ley, el lavado de dinero y la mentalidad de ganancia de dinero fácil, el aumento en la adquisición de empresas públicas y privadas por extranjeros, la concentración del ingreso en oligarquía financiera y gamonales, la baja inversión en el cambio tecnológico y los bienes de capital, el ensamblaje de maquinaria y equipos controlada por empresas transnacionales, y el enfoque hacia la industria de la construcción, además de la volatilidad del ingreso y salida de capitales, así como una reforma fiscal centrada en el impuesto de valor agregado (Molina, 2000; Mondragón, 2009; Kalmanovitz, 2010; Valencia, 2016).

Adicional a estos factores, proponemos que la desindustrialización también se debió a la pérdida del control gerencial a partir de los dispositivos de control que brindaba la religión y la Iglesia católica, tanto en la constitución de una ética del trabajo, como en los sindicatos asumidos como mecanismos en búsqueda de una visión comunitaria de progreso entre los empresarios y la fuerza laboral. Savage y Lombart (1986) y Mayor (1992) describen la forma en que la inclusión de profesionales ingenieros a las empresas y la aplicación del taylorismo rompió con la cohesión de obreros, en un proceso de desindustrialización que coincide con el rompimiento de la Iglesia, las élites empresariales y el sindicalismo. Para Weiss (1994),

en varias empresas se mantuvo un tipo de gestión empresarial de carácter especulativo, orientado básicamente hacia la negociación con entidades gubernamentales y financieras, de las que dependían las decisiones que determinaban la rentabilidad, en mayor grado que de la innovación tecnológica y la modernización empresarial (pp. 15-16).

A partir de esta aproximación, contribuimos a la reflexión sobre cómo los dispositivos morales devienen en elementos clave, para ampliar la forma en la que se puede entender la dinámica industrial y económica del país, haciendo énfasis en las racionalidades administrativas y en los dispositivos de control

generados a partir de la influencia de la doctrina del catolicismo. Con ello, abrimos una nueva alternativa de investigación en la que se plantean las bases para un trabajo empírico, en el que se combinen otras formulaciones teóricas sobre las ideologías administrativas, planteadas por Barley y Kunda (1995), para sentar, a partir de evidencias, una explicación novedosa sobre el ciclo de desarrollo industrial logrado en Colombia. Barley y Kunda (1995) demuestran que la gerencia plantea un conjunto de principios y técnicas en respuesta a las condiciones económicas y de desarrollo industrial en un período determinado, donde se observa que en tiempos de crisis prevalece una visión racional económica, mientras que en los tiempos de auge la administración se orienta a aspectos propios de las relaciones humanas, la cultura organizacional y la calidad total. Ante la crisis dada en la década de 1970, la administración de la época no tenía respuestas frente a la forma de lograr lealtad en los trabajadores, requiriendo incentivar y fortalecer las propuestas de la cultura y la calidad, que contrarrestan el discurso de la racionalidad de sistemas, en donde

la calidad se vio como el producto de un estado mental que requería una revolución en cuanto a la manera como los administradores y los trabajadores consideraban su trabajo. El compromiso era a la calidad lo que el cálculo a la eficiencia (Barley & Kunda, 1995, p. 93).

Como parte de estos requerimientos, los administradores son concebidos como aquellos

iluminados que se suponían capaces no solamente de formular sistemas de valores sino de inducir esos valores en sus empleados. Se aconsejó que la administración exorcizara los pensamientos y sentimientos indeseables de la fuerza de trabajo y los remplazara por creencias y emociones que beneficiaran a la organización. Para lograrlo, los proponentes empleaban un imaginario de cultos, clanes y conversiones religiosas [...]. Los autores exhortaron a los administradores a convertirse en “altos sacerdotes” de los valores de su organización, a nombrar “héroes míticos” y a fabricar “leyendas” (Barley & Kunda, 1995, p. 94).

Estos administradores que intentan cambiar la cultura organizacional deben asumir:

el papel de un misionero. Si tiene éxito en convertir al personal clave al nuevo conjunto de valores, entonces lo que debe seguir es adecuar el cambio simbólico [...].

Como ocurre con cualquier nuevo prosélito, las organizaciones que están convirtiendo su cultura pueden ayudarse en este proceso institucionalizando nuevos rituales, símbolos, lenguajes y héroes [...]. Esto se hará en forma de memos e instrucciones provenientes de la administración superior [...] y de sistemas de recompensa que alaben a quienes sirven los nuevos valores (Barley & Kunda, 1995, p. 94).

En Colombia, a finales de los ochenta y durante la década de los noventa, se incrementa la aplicación de programas de calidad total y de círculos de participación en la industria, promovidos por entidades como “la Corporación Colombiana de Calidad, el Grupo Colombia Calidad, la Fundación Colombiana de Calidad la Fundación Carvajal, el Sena y asesores privados” (Weiss, 1994, pp. 156-157). Esta implementación en algunas organizaciones ocasionó una transformación profunda y en otras no pasó de ser una intención momentánea. La promesa involucrada se orientaba a lograr mayores niveles de productividad del trabajo y el favorecimiento del compromiso y la lealtad de los trabajadores para con sus empresas. Weiss (1994) destacó cómo los efectos derivados de la calidad total y de la creación de una cultura organizacional son diferentes en países como Japón, con altos niveles de desarrollo tecnológico y empleados con alta calificación, a los logrados en Colombia, los cuales fueron implementados en un momento de crisis y por trabajadores con bajos niveles de formación y delegación de autoridad, lo que dificultó el dar respuesta a las responsabilidades endilgadas tanto a trabajadores como directivos, generando con ello altos índices de inestabilidad. En las empresas colombianas, la introducción parcial del modelo japonés creó un mayor sometimiento a las órdenes y control por parte de la dirección, lo que planteó conflictos entre trabajadores e ingenieros, por lo cual, para Weiss (1998), “la tradición y la costumbre continúan siendo el referente para definir el ritmo y la forma de realizar el trabajo” (p. 16).

Queda pendiente una agenda de investigación, en la que se puedan aportar nuevas visiones sobre lo que pasó en el marco del desarrollo y evolución del sindicalismo, en las lógicas empresariales de las élites que conformaron grandes conglomerados económicos y en relación con las políticas neoliberales que intentaron mezclar formas de intervención y desregulación para crear entornos institucionales. En dichos entornos se combinaron en el marco de un capitalismo que en la actualidad se torna desorganizado (Gantman, 2009) y desorientado (Pastré & Vigier, 2009), y en el que confluyen tanto las prácticas e ideologías administrativas racionales heredadas de la teoría general de sistemas y las lógicas de la reingeniería y el cálculo de la competitividad, así

como también aquellas que se derivan de la gestión humana y la cultura organizacional, enfocadas en el marco de la responsabilidad social corporativa, la gestión de diferentes grupos de interés y la búsqueda de la sostenibilidad.

Todos estos elementos nos llevan a retomar la concepción de las organizaciones como sistemas sociales abiertos, dinámicos y de alta complejidad, en la que confluyen una gran variedad de particularidades y de variables de muy diversa índole, que en sus interacciones constituyen uno más de los actores de la vida política y económica desarrollada en una región y por una población.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABAL, P. (2004). Identidades colectivas y dispositivos de control en el marco del empleo asalariado joven. Un estudio de casos en el sector supermercadista. *Revista Argentina de Sociología*, (3), 74-94.
- ALONSO, L., & FERNÁNDEZ, C. (2006). El imaginario managerial: El discurso de la fluidez en la sociedad económica. *Política y Sociedad*, 23(2), 127-151.
- ANZOLA, O. L. (2003). Influencia de lo religioso en la vida y la cultura corporativa. La sociedad de los Testigos de Jehová: Hogar Betel, Facatativá, Colombia. *Cuadernos de Administración*, 16(26), 129-160.
- ANZOLA, O. L. (2005). La Sociedad de los Testigos de Jehová, Hogar Betel, Facatativá Colombia. En A. M. Bidegain y J. D. Demera (Comps.), *Globalización y diversidad religiosa en Colombia* (pp. 293-322). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- ARANGO, L. G. (1991). *Mujer, religión e industria en Fabricato*. Medellín: Universidad de Antioquia - Universidad Externado de Colombia.
- ARCHILA, M. (1990-1991). El uso del tiempo libre de los obreros 1910-1945. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (18-19), 145-184.
- ARIAS, R. (2003). *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850-2000)*. Bogotá: Cesó - Universidad de los Andes - Icanh.
- BARLEY, S., & KUNDA, G. (1995). Plan y dedicación: Oleadas de las ideologías de control normativo y racional en el discurso administrativo. *Revista Innovar*, (6), 80-102.
- BELTRÁN, W. M. (2006). *De microempresas religiosas a multinacionales de la fe: La diversificación del cristianismo en Bogotá*. Bogotá: Editorial Bonaventuriana.

- BELTRÁN, W. M. (2013a). Pluralización religiosa y cambio social en Colombia. *Theologica Xaveriana*, 63(175), 57-85.
- BELTRÁN, W. M. (2013b). *Del monopolio católico a la explosión pentecostal. Pluralización religiosa, secularización y cambio social en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- BOLSTANKY, L., & CHIAPELLO, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- BRICEÑO, M. (1997). *Del círculo de obreros y de la Caja Social de Ahorros a la Fundación Social (1911-1972)*. Bogotá: Fundación Social.
- BUSHNELL, D. (2016). *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta.
- CARDONA, I. C. (2016). Acción Cultural Popular: Para fijar al hombre en el campo. En G. Maglia y L. Hernández (Edits.). *Memorias, saberes y redes de las culturas populares en América Latina* (pp. 393-404). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana - Instituto Francés de Estudios Andinos - Universidad Externado de Colombia.
- CHRISTOPHER, A. (1987). *Política, partidos e Iglesia en Colombia*. Bogotá: Faes - Universidad Nacional de Colombia.
- CHRISTOPHER, A. (2004). Misiones protestantes en un Estado católico: Colombia en los años cuarenta y cincuenta. *Análisis político*, (50), 3-19.
- CIFUENTES, M., & FIGUEROA, H. (2008). *Una mirada a la institución religiosa católica y su incidencia en la sociedad colombiana durante el siglo XX. Ensayos Críticos n.º 4*. Bogotá: Asociación Espacio Crítico.
- CLAVIJO, S., VERA, A., & FANDIÑO, A. (2012). *La desindustrialización en Colombia*. Bogotá: Asociación Nacional de Instituciones Financieras.
- DÁVILA, C. (2002). Entre la tradición y la modernidad: de una caja de ahorros de obreros católicos a un grupo económico (1911-1980). En C. Dávila (Comp.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX y XX* (pp. 949-990). Bogotá: Universidad de los Andes.
- DÁVILA, C. (2012). *Empresariado en Colombia: Perspectiva histórica y regional*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- DÁVILA, C. (2015). Docencia e investigación en Historia Empresarial en América Latina: El caso de la Universidad de los Andes, Colombia, 1974-2015. *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, 140(40), 18-30.

- ECHEVARRÍA, J., & VILLAMIZAR, M. (2006). *El proceso colombiano de desindustrialización. Borradores de Economía n.º 361*. Bogotá: Banco de la República.
- ESCUELA NACIONAL SINDICAL (2009). Cien años del sindicalismo colombiano. *Cultura y Trabajo*, 78/79.
- GANTMAN, E. R. (2009). Reflexiones sobre la evolución de las ideologías gerenciales desde el siglo XIX hasta el presente. *Energeia*, 5(1), 96-115.
- GONZÁLEZ, F. (1997). *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia*. Bogotá: Cinep.
- GONZÁLEZ, F. (2006). *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín: La Carreta Editores.
- GONZÁLEZ, F. (2010). De la lucha contra la modernidad a la participación en los diálogos de paz. Una revisión retrospectiva de mis trabajos sobre la relación entre Iglesia, Estado y sociedad en Colombia (1971-2020). *Historia y sociedad*, 19, 15-29.
- HITCHENS, C. (2008). *Dios no es bueno*. Barcelona: Debate.
- JURADO, J. (2008). Reinventar la nación a partir de la fe católica. De la religión al clero y la política en la guerra civil de 1851. *Historia y Sociedad*, (15), 43-88.
- KALMANOVITZ, S. (Edit.) (2010). *Nueva historia económica de Colombia*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- LONDOÑO, P. (2005). *Religión, cultura y sociedad en Colombia, Medellín y Antioquia, 1850-1930*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- LONDOÑO, R., & SALDARRIAGA, A. (1994). *La Ciudad de Dios en Bogotá. Barrio Villa Javier*. Bogotá: Fundación Social.
- LÓPEZ, A. (2006). *La estirpe calvinista de nuestras instituciones políticas*. Bogotá: Legis.
- LÓPEZ, C., & SUÁREZ, R. (2016). Factores impulsores de la creación de la carrera de administración de empresas en la Universidad Nacional de Colombia (1965-1970). En L. Chicaiza (Edit.), *La administración en el siglo XXI. Herencia e innovación en conceptos y herramientas para las ciencias de gestión* (pp. 189-206). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- LUCI, F. (2011). La carrera directiva en el marco de la reconfiguración empresarial argentina: ¿Una revolución managerial? *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 16(26), 145-181.

- MADRIGAL, A. (2011). La formación del Estado-nación en Colombia durante el siglo XIX: El trazado histórico-social de la institución del orden público. *Perspectivas Internacionales*, 7(1), 219-235.
- MAYOR, A. (1979). El control del “tiempo libre” de la clase obrera de Antioquia en la década del 30. *Revista Colombiana de Sociología*, 1(1), 35-59.
- MAYOR, A. (1984). *Ética, trabajo y productividad en Antioquia: Una interpretación sociológica sobre la influencia de la Escuela Nacional de Minas en la vida, costumbres e industrialización regionales*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- MAYOR, A. (1992). *Institucionalización y perspectivas del taylorismo en Colombia: Conflictos y subculturas del trabajo entre ingenieros, supervisores y obreros en torno a la productividad: 1959-1990*. Ponencia presentada en el IV Coloquio Colombiano de Sociología. Cali: Universidad del Valle.
- MAYOR, A. (2001). *Técnica y utopía. Biografía intelectual y política de Alejandro López, 1876-1940*. Medellín: Universidad Eafit.
- MOLINA, L. (2000). El desarrollo empresarial colombiano. En *La fuerza empresarial en Colombia* (pp. 13-25). Bogotá: Consuelo Mendoza Ediciones.
- MOLINA, L. (2006). *Empresarios colombianos del siglo XIX*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- MONDRAGÓN, H. (2009). *Los ciclos económicos en el capitalismo: Las crisis, ¿cuándo y por qué?* Bogotá: Ediciones Aurora.
- MORENO, J. (2013). Un estudio empírico sobre la relación entre religión y desarrollo económico. *Punto de Vista*, 4(7), 95-119.
- OROZCO, L. A., & ALBARRACÍN, M. (2019). Evolución y perspectivas del control corporativo: Bases para la investigación de la gerencia contable. En M. Cabañas (Edit.), *Tendencias organizacionales y contables contemporáneas* (pp. 133-166). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- OROZCO, L. A., & ANZOLA, O. L. (2019). A Colombian classic management thinker: Alejandro López Restrepo. *Journal of Management History*, 25(2), 221-236.
- ORTIZ-MESA, L. (2005). Guerras civiles e Iglesia católica en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX. En: Grupo de Investigación Religión, Cultura y Sociedad, *Ganarse el cielo defendiendo la religión. Guerras civiles en Colombia, 1840-1902* (pp. 47-77). Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

- ORTIZ-MESA, L. (2013). La Iglesia católica y la formación del Estado-nación en América Latina en el siglo XIX. El caso colombiano. *Almanack*, (6), 5-25.
- OSPINA, M. (1936). *Economía industrial y administración*. Bogotá: Minerva.
- OSPINA, M. (1938). El manejo cristiano y científico del trabajo. *Revista Universidad Pontificia Bolivariana*, 2(5), 163-175.
- OVIDEO, A. (2009). *Sindicalismo colombiano. Iglesia e ideario católico 1945-1957*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- PASTRÉ, O., & VIGIER, M. (2009). *El capitalismo desorientado. Tras Enron y Vivendi: Sesenta reformas para una nueva gobernancia corporativa*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- REYES, A. C., & SAAVEDRA, M. C. (2005). *Mujeres y trabajo en Antioquia durante el siglo XX. Formas de asociación y participación sindical*. Medellín: Escuela Nacional Sindical.
- ROLDÁN, M. (2017). “Acción cultural popular. Estado, educación y desarrollo rural en Colombia, 1947-1974”. En: *ACPO. Radio Sutatenza: Una revolución cultural en el campo colombiano (1947- 1994)* (pp. 39-69). Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango.
- SÁENZ-ROVNER, E. (1990). Industriales, proteccionismo y política en Colombia: Intereses, conflictos y violencia. *Historia Crítica*, (3), 85-105.
- SAFFORD, F. (1989). *El ideal de lo práctico: El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - El Ancora.
- SANABRIA, F. (2012). De lo religioso a lo virtual. Explosiones del imaginario y recomposiciones del creer hoy. *Revista Colombiana de Antropología*, 48(2), 219-244.
- SANZ DE SANTAMARÍA, C. (1982). *Historia de una gran empresa*. Bogotá: Villegas Editores.
- SAVAGE, CH., & LOMBART, G. (1986). *Sons of the Machine. Case Studies of Social Change in the Workplace*. Cambridge: The MIT Press.
- SILVA-COLMENARES, J. (2004). *El gran capital en Colombia: proyección al siglo XXI*. Bogotá: Planeta.
- URRUTIA, M. (2016). *Historia del sindicalismo en Colombia 1850-2013*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- VALENCIA, M. (2016). *La industria*. Bogotá: Ediciones Aurora.

- WEBER, M. (1998). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Ediciones Coyoacán.
- WEISS, A. (1994). *La empresa colombiana entre la tecnocracia y la participación: Del taylorismo a la calidad total*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- WEISS, A. (1998). ¿Vigencia del taylorismo? De los enunciados a la realidad. *Revista Innovar*, 11, 12-17.
- WITZEL, M. (2012). *A History of Management Thought*. Londres: Routledge.
- ZAMBRANO, A. G. (2017). Baja competitividad en Colombia, ¿un efecto cepalino? *Divergencia*, (22), 1-9.
- ZAMBRANO, C. V. (2002). *Confesionalidad y política. Confrontaciones multiculturales sobre el monopolio religioso*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- ZAMBRANO, F. (1999). Círculo de Obreros. *Revista Credencial Historia*, (118). Recuperada de <http://www.revistacredencial.com/credencial/historia/temas/circulo-de-obreros>

En los últimos años se ha tratado de caracterizar el proceso económico de Colombia como de desindustrialización, entendida como la pérdida de participación de la industria en el valor agregado total y la recomposición de las fuerzas productivas hacia otras actividades económicas. Sin embargo, la pérdida del peso relativo del sector industrial es una tendencia general, incluidos los países considerados de capitalismo avanzado y en los de industrialización tardía exitosa, lo cual no significa que se presente un fenómeno de desindustrialización sino la necesidad de pensar nuevos conceptos para tratar de comprender las características de largo plazo de este proceso.

A través de esta publicación, se pretende aportar una mirada interdisciplinaria de un objeto de estudio que tiene muchas aristas y aunque en el pasado fue muy estudiado, en la actualidad ha sido desatendido, pero que se vuelve fundamental en la perspectiva de un mayor crecimiento e inclusión social en la coyuntura política-económica que la sociedad colombiana atraviesa. Sobre la base de este objetivo, la idea general es plantear reflexiones que atraviesen la cadena de valor de la industria desde la pregunta por la relación entre el Estado y el mercado, pasando por el entorno macroeconómico, el componente de competitividad y desempeño sectorial, de desarrollo territorial, la política pública, la historia empresarial y la identificación de las estructuras de incentivos y los acuerdos o pactos institucionales –formales o informales– que condicionan el desarrollo económico de largo plazo y la formación de grupos de interés.

